



Seduciend a uno Canalla

Nadine Millard

Seduciendo a un Canalla

Nadine Millard

Contenido

[Seduciendo a un Canalla](#)

[Prólogo](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[EPÍLOGO](#)

A todos los que sueñan con un final feliz y no dejan que el miedo se interponga en su camino.

Prólogo

—¡Felicidades por su compromiso, Emmaline! Muy pronto la llamaremos *lady Stretham*, supongo.

A Emmaline le dolía la mandíbula, pero se las arregló para mantener la sonrisa, por muy acartonada que esta fuera.

Miró alrededor, a las numerosas caras que la observaban con impaciencia, y supo que pasarían horas antes de poder salir de aquella habitación.

Su padre estaba orgulloso como un pavo real, recibiendo felicitaciones de vecinos, amigos y miembros del círculo al que siempre había soñado pertenecer. Era un hombre agresivamente ambicioso y eso era lo que la había llevado hasta allí, recibiendo felicitaciones por el compromiso que él había contraído en su nombre. Le faltaban seis meses para cumplir dieciocho años y a su prometido le faltaban tres para cumplir los sesenta. Ella sería su cuarta esposa.

Le subió la bilis a la garganta y se escondió detrás de una enorme planta para tomarse un momento para sí misma. Su vida había dado un vuelco total. Apenas unas semanas después de velar a su madre, su padre la había llamado al despacho padre para ver al tres veces viudo lord Stretham, un hombre lo bastante mayor para ser su padre o su abuelo, incluso.

Se quedó sentada en un silencio atónito mientras lord Stretham la interrogaba groseramente sobre su fertilidad y su capacidad para dar a luz.

—Me casé con tres inútiles, una tras otra —refunfuñó con el rostro envuelto en el humo de su cigarro—. Espero que una más joven sea mejor reproductora, no puedo dejar el título en manos de algún pariente desconocido.

Emmaline se sintió asqueada y aterrorizada. Sin embargo, cuando miró a su padre esperando que la defendiera de semejante ofensa, él se limitó a dirigirle una mirada de advertencia antes de volver a llenar la copa de brandi del conde.

Ahora, apenas unas semanas más tarde, allí estaba, escondiéndose en su propio salón como un cordero de sacrificio y forzada a cumplir las órdenes de un padre egoísta y codicioso.

—¡Pobre muchacha! ¿Tendrá idea de dónde se está metiendo?

Emmaline aguzó el oído al escuchar una voz masculina.

—Todo el mundo sabe que se cargó a sus tres últimas esposas por no darle un heredero.

—Eso nunca se ha demostrado, pero esta apenas comienza a llevar faldas largas, lo más probable es que sea más fértil que las otras. ¡Quizás se las cargó a todas intentando dejarlas preñadas!

A Emmaline se le revolvió el estómago. Tanto por la vulgaridad del comentario como por la escalofriante afirmación de que lord Stretham era un asesino. No podía ser verdad, seguro que no. Pero estaba claro que el hombre tenía una reputación pésima en lo que se refería a las mujeres, independientemente de si les hacía daño a propósito o no.

Respiraba con dificultad al compás de las carcajadas soeces y sentía que las paredes se cerraban sobre ella. Tenía que escapar. Tenía que salir de allí.

Mientras corría hacia las puertas francesas que daban a los jardines, jalaba del cuello de su vestido, que parecía apretarle cada vez más con cada inhalación. Las puertas estaban cerca, podía conseguirlo, saldría y solo... solo se tomaría un minuto para respirar y recuperar la calma, entonces estaría serena para hablar con su padre.

Él nunca le había demostrado demasiado afecto, pero si podía apelar a su sentido común,

encontrar un ápice de compasión en su interior, persuadirlo de que esperara un tiempo hasta encontrar un mejor partido, podría evitar todo esto.

Pero en el fondo sabía que era inútil, su padre había oído el título de *condesa* unido a su apellido y eso selló su destino. Debía prepararse para una vida de miseria.

Conteniendo el llanto, se abrió paso entre la multitud hasta llegar al balcón, con los ojos irritados y el corazón a punto de escaparse de su pecho. Nunca se había sentido tan impotente, tan atrapada. Toda su vida se presentaba ante ella, sombría e inexorable, a merced de un monstruo repugnante.

—Bonita tarde, ¿verdad? —Emmaline ahogó un grito y se dio la vuelta al oír una voz detrás de ella. Una elegante dama apareció de entre las sombras—. Aunque quizás no sea tan agradable para ti como para el resto de nosotros.

Emmaline se quedó mirando boquiabierta a la mujer, que era bastante mayor que ella pero imponente. Su cabello castaño estaba salpicado de canas y, aunque erguida y orgullosa, se apoyaba en un bastón intrincadamente tallado mientras la examinaba. Le pareció reconocerla vagamente, pero le habían presentado a tanta gente que le resultaba difícil acordarse de todos.

—Estás intentando adivinar quién soy, ¿verdad? —dijo la mujer con una franqueza extrañamente agradable—. No te preocupes, me imagino que tu cabeza ha de estar revolucionada ahora mismo con todos estos acontecimientos. Volveré a presentarme: soy lady Wyndam y estoy aquí porque me muevo en los mismos círculos que tu miserable prometido.

—¡Oh! Mmm... ¿Cómo está, milady? Yo soy...

—Sí, muchacha, ya sé quién eres.

Emmaline cerró abruptamente la boca y se preguntó si aquella dama no estaría algo desequilibrada, pero parecía estar en posesión de todas sus facultades. De hecho, tuvo la impresión de que la cordura no se atrevería a abandonarla.

—Tu situación es bastante desoladora. Estar prometida a un hombre mucho mayor... y un cretino, además, por lo que se cuenta. Conocí a dos de sus anteriores esposas, eran mujeres encantadoras y dulces que merecían algo mejor.

Emmaline solo pudo permanecer en silencio mientras lady Wyndam la escrutaba una vez más con la mirada como si estuviera buscando descubrir un secreto, y aunque no supo muy bien por qué, levantó la barbilla y enfrentó desafiante la mirada de la mujer.

Ante aquel sencillo gesto, lady Wyndam soltó una carcajada alegre.

—Sospechaba que había pasión en ti. Puede que sobrevivas a él, señorita Emmaline.

¿Sobrevivirle? A Emmaline se le encogió el corazón, aunque sintió cierto orgullo por la aprobación de lady Wyndam.

—He oído rumores dentro. Cotilleos, en realidad, sobre que lord Stretham podría haber... bueno, podría haber...

—¿Podría haberse librado de sus esposas? Ese zoquete es muchas cosas deplorables, pero no es un asesino. Estarás a salvo, aunque no por eso serás menos desgraciada.

—Supongo que debería estar agradecida por eso, al menos —dijo Emmaline con tristeza.

La dama avanzó un paso hacia ella. El mango de su bastón brillaba a la luz de la luna.

—Beberá hasta la muerte antes de hacerte algún daño irreparable, querida —dijo con la voz llena de compasión. Por alguna razón, a Emmaline le entraron ganas de llorar—. Debes hacer todo lo posible por conservar las fuerzas, por mantener encendido ese fuego, y cuando él abandone el mundo de los mortales, serás libre.

—Podría vivir muchos años —respondió Emmaline con una punzada de culpa por sentirse decepcionada de ello— Y, bueno, si tuviera hijos...

—¡Tonterías! Ya tiene un pie en la tumba, y el viejo cabrito es demasiado orgulloso para admitir que el problema es de él, no de las mujeres que sigue coleccionando una tras otra. No, algún día recuperarás tu vida, querida. Te lo prometo. —Extendió el brazo y tomó la mano enguantada de Emmaline—. Mantén el ánimo, Emmaline. No dejes de pensar en ese futuro de libertad y en toda la alegría que te espera.

En aquel momento, eso le parecía tan lejano que solo pudo negar con la cabeza, desconsolada, pero un apretón en los dedos atrajo de vuelta su atención a la dama que compartía con ella el balcón oscuro y silencioso, a todo un mundo de distancia de la fiesta que se celebraba dentro.

—Y cuando eso ocurra, tendrás ayuda para guiarte.

Sin decir nada más, lady Wyndam se dio la vuelta y regresó al salón de baile. Emmaline tardó un buen rato en darse cuenta de que la mano que ella le había cogido ya no estaba vacía.

Miró la tarjeta de color marfil con letras doradas en relieve, solo visibles a la tenue luz de la noche.

Katherine Lockley: Lady Wyndam, decía en uno de los lados; al otro había una dirección de un sitio llamado Matron Manor. Cuando dirigió la mirada a la nota manuscrita, sintió que un diminuto germen de esperanza crecía en su interior.

Cuando estés lista para volar, ven a vernos. Te ayudaremos a desplegar tus alas. W. W. L.

Emmaline no estaba del todo segura de lo que significaba eso, pero apretó la tarjeta entre sus manos temblorosas y miró al cielo, decidida a soñar con un futuro que le perteneciera solo a ella.

CAPÍTULO UNO

Emmaline suspiró aliviada cuando el carruaje por fin se detuvo. El viaje desde el puerto donde había atracado su barco no había sido muy agradable y seguía mal del estómago. De hecho, durante la última semana había vomitado más que en toda su vida, aunque tenía que admitir que parte de ello se debía a los nervios, de los que no había podido librarse desde que tomó la decisión de hacer aquel viaje.

La desgastada tarjeta de visita de lady Wyndham, de la que tanto había abusado, estaba guardada en su bolsillo. Cada vez que se preocupaba por su propia cordura, la sacaba, acariciaba con los dedos las letras doradas en relieve y se recordaba a sí misma que tenía derecho a algo de libertad, a algo de felicidad.

—¿Milady?

Emmaline parpadeó ante el tono inquisitivo de la señorita Cole. La había contratado el día que rompió el luto por la muerte de lord Stretham. La señorita Cole, una mujer mayor que ella y solterona, había cuidado de su padre enfermo durante todo el tiempo que ella residió en Irlanda. Lo enterraron apenas unos meses antes de que el corazón de lord Stretham fallara, convirtiendo a Emmaline en viuda con solo veintiún años.

La señorita Cole había sido infinitamente amable con Emmaline, sobre todo cuando Stretham estaba vivo. La modesta cabaña de los Cole se había convertido en una especie de refugio para ella, que pasaba allí largas horas bebiendo té y esperando que a su marido se le pasaran las borracheras.

Por supuesto, también hubo ocasiones en las que no conseguía escapar a tiempo y se sentía demasiado avergonzada para ir al médico. La señorita Cole le aplicaba ungüentos y le curaba los cortes y los moratones sin ofrecerle más que amistad y discreto consuelo.

A menudo, Emmaline pensaba que era una pena que la señorita Cole nunca se hubiera casado. Habría sido una madre maravillosa y, puesto que sus edades estaban separadas por dos décadas, podría haber sido la suya. Durante las primeras semanas de luto, se preguntaba cómo habría sido su vida si hubiera tenido una madre que la protegiera de la voraz ambición de su padre. Sin embargo, si algo había aprendido en el último año era que pensar en el pasado no cambiaba las cosas, pero el futuro sí podía cambiarlo.

Si tan solo fuera lo bastante valiente para volar... Bueno, ya estaba embarcada con su acompañante rumbo a Inglaterra, así que tendría que ser valiente, quisiera o no.

—¡Por fin hemos llegado! —exclamó entusiasmada la señorita Cole con la nariz prácticamente pegada a la ventanilla del compartimento—. Nunca había estado en Londres. ¡Es muy emocionante!

A pesar de su aprensión, Emmaline no pudo evitar sonreír ante su entusiasmo. Esa mujer se lo merecía todo, y ahora que había heredado una cantidad obscena de dinero de su difunto marido, estaba decidida a proveérselo.

El matrimonio con el conde no le había aportado nada bueno, salvo permitirle vivir de forma independiente el resto de sus días, y dado que su padre también había muerto, no había nadie que la forzara a otra alianza sin amor. Por fin era libre. Solo tenía que averiguar qué hacer con esa libertad.

Cuando llegaron a su destino, Emmaline se volvió hacia la señorita Cole con una sonrisa:

—¿Qué le parece la casa?

La residencia de Belgrave Square le pertenecía al conde y a Emmaline no le atraía en absoluto, tenía demasiados malos recuerdos. Esta era una hermosa casa de piedra, en una zona de Londres menos privilegiada pero respetable. Un sitio que era suyo, que no pertenecía a un hombre que podía arrebatárselo en cualquier momento. Todo suyo.

—¡Es perfecta, milady! ¡Nunca había visto una casa tan bonita!

Emmaline estaba bastante segura de que había casas mucho más hermosas, pero le complació el efusivo elogio de su compañera. De hecho, dado que aquella morada representaba un nuevo comienzo, estaba bastante de acuerdo con la señorita Cole.

—Debe acostumbrarse a prescindir de mi título —la reprendió con una sonrisa—. Somos amigas más que otra cosa. Insisto en que me llame Emmaline.

La mujer pareció horrorizarse y a punto de protestar, pero tras un momento de titubeo sonrió y asintió.

—Muy bien. Emmaline, entonces. Pero tú tienes que llamarme Kate.

Cuando la puerta del carruaje se abrió, un lacayo les tendió el brazo para que bajaran. Era un glorioso día de verano, impregnado del perfume de la madre selva que trepaba por el marco de la puerta. Olía a esperanza, a sueños y a libertad.

Armándose de valor para lo que estaba por venir, Emmaline sonrió a su compañera.

—Muy bien, Kate. ¿Vamos a ver qué nos depara Londres? —le preguntó mientras daba el primer paso hacia su nueva vida.



Lady Stretham:

¡Bienvenida a Londres! ¡Bienvenida al comienzo del resto de tu vida!

Adjunto una invitación al baile de máscaras de una querida amiga. No desperdicies tu verano en Londres, querida. Eres joven, pero no estás en la búsqueda de un marido, no juegues sobre seguro. Si vas a desplegar tus alas y volar, hazlo con elegancia. Aprovecha las oportunidades que se te presenten y recuerda que estamos aquí para guiarte, cuando y donde nos necesites.

Lady W.

W. W. L.

Emmaline dobló la nota que había recibido esa misma tarde y se la llevó a los labios. Lady Wyndham había sido una de las primeras personas a las que acudió cuando se quedó viuda con solo veintiún años. Tras enterrar a su marido y a su padre el año siguiente, se había quedado desamparada, sin nadie que la orientara. Aunque jamás diría que echaba de menos a ninguno de los dos, no estaba preparada para vivir sin su ayuda. Emmaline, que había estado sometida a un férreo control desde el momento en que nació, se sentía completamente perdida. Solo Kate y la bondad de su personal y de la comunidad local habían evitado que el pánico la sumiera en la locura.

Así fue hasta que encontró la tarjeta de Lady Wyndham y recordó lo que la excéntrica dama le había dicho aquella noche en el salón de baile de su padre. Le escribió en un momento de desesperación, y así había comenzado su iniciación en el club de viudas de lady Wyndham. Durante el último año, le había ofrecido un hombro sobre el que llorar, asesoramiento para administrar su dinero y comenzar una vida independiente e incluso consejos escandalosos para sacar provecho de su nuevo estatus de *protegida*.

«Sería una pena terrible —había escrito la dama— que tu única experiencia en las relaciones carnales fuera con un viejo del tamaño de una morsa. Búscate un hombre joven y fuerte que sepa lo que hace. No te arrepentirás».

Emmaline se había sentido tan avergonzada que había tenido que dejar de leer, pero la idea se le había grabado en la memoria.

Durante algunas de sus noches más difíciles, en las que no podía quitarse el recuerdo de su grotesco marido manoseándola, se había preguntado cómo sería desear que la tocasen. Cuando por fin se armó de valor para escribir una respuesta a la dama, comenzó su iniciación en la Liga de las Viudas Intrépidas. Descubrió que había muchas mujeres en su situación, mujeres que habían enviudado y que tal vez buscaban un poco de aventura en sus vidas. Emmaline se sentía sorprendida e intrigada a partes iguales, y aunque lady Wyndham había sido y seguía siendo su principal persona de contacto, sabía que la Liga era una auténtica red de mujeres que habían tomado las riendas de sus vidas y luchaban sin pudor por su propia felicidad y satisfacción.

Le había parecido ideal llegar a Inglaterra a tiempo para disfrutar del glamur de la temporada de la alta sociedad en todo su esplendor, pero ahora que se acercaba el primer evento, estaba aterrada.

Unos golpecitos en la puerta de su habitación anunciaron a Lucy, su criada, que había venido con ella desde Irlanda.

—Aquí está, milady —dijo la muchacha alegremente, con su cadencioso acento irlandés—. Está todo planchado y listo para vestir. ¡Se verá preciosa con esto! Tendrá a todo Londres a sus pies.

Emmaline se rio a pesar de los nervios que agitaban su estómago. Lucy siempre había tenido una opinión muy halagadora de su señora, pero puede que tuviera razón respecto al vestido, era espectacular. Lady Wyndham había insistido en que asistiera al baile de máscaras vestida de Venus, y el disfraz era lo más atrevido que Emmaline había llevado jamás. Estaba hecha un ovillo de nervios.

—Vamos a arreglar ese cabello. ¿Seguro no quiere que la señorita Cole la acompañe?

Emmaline se sentó obedientemente y permitió que Lucy empezara a recoger algunos de sus rizos color chocolate en un elaborado peinado alto. Lucy siempre había sido excelente recogiendo su cabello y Emmaline estaba especialmente entusiasmada con el peinado de esta noche.

—Tiene un pelo precioso, milady, y ahora todo el mundo podrá verlo.

Sí, ¡y verían mucho más que su pelo!, pero las instrucciones de lady Wyndham para el atuendo de aquel evento habían sido estrictas y claras, y Emmaline estaba demasiado intimidada para incumplirlas. La mayor parte de su cabello caería por la espalda en un estilo que no había lucido desde que llevaba faldas cortas.

—La señorita Cole está cansada por el viaje y no quiero exigirle demasiado. Además, mi... mi amiga me acompañara —respondió Emmaline con evasivas.

La verdad era que no sabía si lady Wyndham la acompañaría o si se esperaba que asistiera sola, lo único que sabía era que a las ocho en punto llegaría un carruaje a recogerla y que si no se daba prisa no estaría lista a tiempo.

Por suerte, Lucy era tan rápida como talentosa y solo tardó unos minutos en sujetarle el cabello y adornarlo con perlas y pequeñas flores rosas y rojas. A Emmaline le pareció demasiado ostentoso, pero no estaba en sus manos cambiarlo.

Se puso de pie y dejó que le colocara una confección de gasa blanca sobre el vestido. El clamor de aprobación de Lucy dio a Emmaline el valor para darse la vuelta y contemplar su

imagen en el espejo, ante la que dejó escapar un suspiro.

El vestido, de estilo griego, dejaba un hombro completamente desnudo y el otro cubierto por un tejido que se extendía en una larga cola por detrás. Como tributo a la diosa del amor, estaba salpicado de flores rojas y rosas. Se había diseñado para que pareciera que las flores caían de un árbol y se acumulaban en la parte inferior de la cola. El resultado era espectacular, nunca había visto nada igual.

No tenía más complementos que la cinta de raso blanco que se ceñía justo por debajo de los pechos, pero no necesitaba más. Un sencillo par de pendientes de diamantes, guantes blancos y zapatos blancos de satén completaban el conjunto.

—¡Parece una verdadera diosa, milady! —suspiró Lucy mientras la ayudaba a ponerse su capa blanca de noche—. Aquí tiene el abanico— dijo, entregándoselo por el mango de marfil—. Y, por último, la máscara.

Una vez más, Emmaline se quedó muda al contemplar la refinada pieza. Solo le cubría la parte superior de la cara, desde encima de las cejas hasta el puente de la nariz, pero la ornamentación era muy elaborada y llamativa. El satén blanco estaba salpicado de brillantes diamantes y los bordes estaban decorados con pequeños rubíes. La dejó sin aliento. Aunque quisiera, sería imposible pasar inadvertida.

—Se ata por detrás para que no tenga que sostenerla toda la noche —le explicó Lucy con un tono casi reverente—. Y le he añadido más horquillas por si le hace falta más sujeción.

—Gracias, Lucy. ¡Has pensado en todo! Si esta noche soy un fracaso absoluto, no será por tu culpa.

—No será ningún fracaso, milady —respondió con seguridad la criada—. Cualquiera que la mire, verá a una joven hermosa y encantadora, porque eso es exactamente lo que es.

Sus palabras fueron de una dulzura inusitada. Emmaline alzó la vista y se fijó en el brillo de los ojos castaños de la muchacha. Lucy lo había visto y oído todo. Había bañado y vestido a Emmaline cada día en Stretham Hall y había atestiguado más que nadie los malos tratos.

—Espero que lo tenga presente —continuó— y que aproveche todas las ocasiones que se le presenten para divertirse esta temporada.

Minutos más tarde, con las palabras alentadoras de Lucy aún resonando en sus oídos, Emmaline se sentaba en la parte trasera del carruaje que lady Wyndham le había enviado. No estaba segura de si se sentía aliviada o preocupada por estar allí sola, pero, en cualquier caso, no se echaría atrás ahora.

Su vida nunca había sido suya, y desde la muerte de su madre no había experimentado más que angustia. Era hora de cambiar eso, era el momento de reclamar todo lo que quisiera sin tener que dar cuenta a nadie más que a sí misma.

CAPÍTULO DOS

—¿Por qué narices acepté asistir a esto?

Dominic Tilton, segundo hijo del formidable duque de Ormson y canalla por definición, se bebió su copa de brandi y se echó a reír ante la evidente incomodidad de su amigo. A George le habría gustado ser un discreto ministro rural si su padre se lo hubiera permitido. Desgraciadamente, este lo había excluido por completo de la familia cuando se negó a aceptar un ventajoso matrimonio con una dama que le doblaba la edad.

Dominic se había apiadado del pobre desgraciado y lo había contratado como administrador de su finca y hombre de negocios en general. El puesto le proporcionó a George suficiente respetabilidad y riqueza para vivir una buena vida y escapar del control de su padre. Para George, esa era una sensación del todo agradable que recomendaría a cualquiera.

Por su parte, el duque también había hecho todo lo posible por casar a Dominic, pero, por suerte, él no era el primogénito y tenía mucha más libertad que su hermano Hugo, al que habían casado y puesto a trabajar de inmediato en la procreación de la siguiente ronda de herederos.

Sin embargo, a Dominic no le gustaba depender de la amabilidad de su padre para mantenerse, sobre todo porque esa amabilidad parecía disminuir con cada año que seguía soltero. Por eso había invertido su dinero y amasado un patrimonio propio, de modo que si el viejo decidía presionarlo con el dinero para meterlo en vereda, tal como le había sucedido a George, él podría seguir siendo rico y acostarse con tantas mujeres como quisiera.

No es que se opusiera al matrimonio, es que, simplemente, no lo entendía.

No tenía la obligación de continuar el apellido de la familia, Hugo ya había dado dos hijos y una hija al legado de los Ormson, de modo que el futuro estaba asegurado. ¿Por qué limitarse a una sola mujer cuando había tantas para elegir?

—Estás aquí porque necesitas un poco de diversión en tu vida —le respondió Dominic con una palmada en la espalda—. ¡Vamos hombre! Solo eres ocho años mayor que yo y actúas como mi padre. Vive un poco antes de que sea demasiado tarde.

—Tu idea de la diversión y la mía son muy diferentes —replicó el siempre serio George—. Tú no deseas nada de la vida excepto sexo, alcohol, pelear en Gentleman Jackson's, correr con tu caballo y perder tu fortuna en esos antros de juego de los Dials. Yo no quiero eso, nunca lo he querido.

—Me siento ofendido —respondió Dominic con toda naturalidad. George alzó una ceja y Dom continuó—: Nunca he perdido mi fortuna en un antro de apuestas, pues resulta que soy bastante bueno apostando.

George se rio y sacudió la cabeza.

—¿Alguna vez te tomas algo en serio?

—No si puedo evitarlo.

Dom escuchó el sermón de George durante un rato más antes de que su mente empezara a divagar. Su amigo podría haber sido un excelente ministro, a juzgar por sus discursos piadosos. George no ocultaba que lo único que quería en la vida era sentar cabeza con una esposa y una prole de niños ruidosos.

Dominic simplemente no lo comprendía; para él, esa era su peor pesadilla.

Mientras George seguía con su perorata, Dom observaba la multitud. Reconoció a muchos de los asistentes, incluso detrás de sus máscaras. Pensó que el problema con la alta sociedad era

que no constituían un grupo muy numeroso. En Londres, las recién llegadas solían ser debutantes, y él, por razones obvias, evitaba a las virginales cazadoras de maridos. También por razones obvias, no acostumbraba a perder el tiempo con mujeres de mala reputación o con las cortesanas que frecuentaban los mismos tugurios que él.

Apenas hacía una semana que había acabado una relación con su amante habitual. Enola era de una belleza deslumbrante, pero había empezado a insinuar que podría haber algo más entre ellos. Dominic lo había tomado como una señal para largarse y había enviado a George de mensajero con una baratija de la Bond Street y una carta de despedida. Todavía no había vuelto a verla, pero sabía que eso no tardaría mucho en suceder. Al fin y al cabo, se movían en los mismos círculos.

—Dom, ¿me estás escuchando?

—No.

—Si crees que...

—Espera un momento.

Dominic, que había estado haciendo su mejor esfuerzo por ignorar a George mientras observaba cómo entraban los invitados, extendió la mano y le tapó la boca.

Una mujer deslumbrante acababa de entrar por la puerta y no podía apartar los ojos de ella.

—¿Quién es esa? —preguntó con un extraño nudo en la garganta.

—¡Oh, Dios! ¡Ya estamos otra vez! —exclamó George cuando consiguió quitarse la mano de Dominic de la cara—. ¿De quién hablas?

—De la Venus que acaba de entrar.

Dominic recorrió con la mirada la cascada de rizos que caían hasta un trasero de ensueño. No podía ver su rostro, excepto por un par de labios carnosos y sonrosados, y ¡maldita sea!, su miembro viril reaccionó inmediatamente, incluso desde aquella distancia. Dio gracias a los antiguos dioses romanos por sus gustos en moda, ya que podía regocijarse en cada deliciosa curva de aquel cuerpo.

No tenía idea de quién podría ser. No había chances de que una respetada dama de sociedad permitiese a una señorita vestir así durante su debut.

—Mmm... No me resulta familiar, aunque ese es el propósito de estas cosas, ¿no? Creo que... ¿¡Dominic!?! ¿A dónde vas?

—A averiguar quién es nuestra Venus. ¿A dónde más?

—¡Dominic! ¡Dom! No puedes abordar a una dama que no conoces a la vista de todo el mundo.

—¿Por qué no? Acabas de decir que el sentido de esto es que nos conozcamos, ¿no?

—Sí, pero no somos desconocidos realmente. No querrás arruinar su reputación antes de que sepamos quién es, ¿verdad?

Dominic estuvo tentado a decir que su reputación le importaba un pimiento, pero se contuvo. Aunque no pretendía parecer un caballero ni mucho menos, no trataba mal a las mujeres ni las utilizaba, y desde luego no se dedicaba a arruinar sus reputaciones.

Cada mujer con la que había tenido una aventura, incluso si había sido un breve revolcón de borrachera, sabía a qué atenerse con él. Nunca dañaría a una mujer a propósito.

Debería aguardar el momento oportuno, por muy molesto que le resultara.

—De acuerdo —cedió—. Vamos a ver a quién hay que machacar en la sala de juegos. Cuando la gente se haya soltado un poco, volveré a buscarla.

De mala gana, apartó la mirada de la joven, que parecía algo insegura de cómo encajar en aquel sitio. Esperaba que no fuera una de esas muchachitas tímidas. No soportaba a las mujeres

timoratas y artificiales, pero pronto descubriría si ella merecía o no su atención.

—Puede que encuentres a otra que te interese —lo tranquilizó George mientras se dirigían a la sala de juegos.

—Puede —asintió Dominic, pero sabía, sin comprender muy bien por qué, que ninguna otra mujer atraería su atención aquella noche.

CAPÍTULO TRES

Emmaline había llegado hacía treinta minutos al baile de máscaras y ya se estaba arrepintiendo. Su anfitriona, la señora Colson, había estado esperándola y, por suerte, la había recibido nada más llegar. Sin embargo, aún tenía que recibir a sus otros invitados.

A los pocos minutos de haber llegado se le acercaron nada menos que cuatro hombres: dos dominós, un pavo real y un caballero medieval. Todos fueron tan lascivos que acabó recluida en un rincón apenas tuvo la oportunidad.

Se preguntó si sería posible llamar al carruaje que la había llevado hasta allí, pero, desgraciadamente, el vehículo no tenía distintivos y no sabía a quién pertenecía.

Una oleada de angustia se apoderó de su vientre cuando se dio cuenta de que estaba enteramente en manos de las maquinaciones de lady Wyndham. Si esta no había organizado su regreso a casa, se quedaría allí atrapada. Tal vez debería marcharse enseguida, mientras aún era relativamente temprano; podría hacer señas a un coche de alquiler y olvidarse de todo aquel lamentable asunto. De cualquier modo, pasar un verano tranquilo explorando parques y museos con la señorita Cole le sonaba de maravilla, no se perdería nada.

Ni siquiera había resuelto todavía si se atrevería o no a embarcarse en una aventura romántica. En aquel momento eso le parecía imposible.

El champán corría a raudales, la gente reía, bailaba y, en general, se lo pasaba estupendamente. El salón estaba muy bien decorado, con sus cortinas doradas tapizando los techos abovedados y cientos de velas esparcidas por todo el espacio.

¿Se estaba reprimiendo? Creía estar preparada para cambiarlo todo de su vida, pero quizás fuera demasiado cobarde para hacerlo, quizás el daño que le habían hecho los hombres había sido demasiado grande.

Fue justo ese pensamiento el que aquietó su acelerado corazón, esa idea que resonó en su mente, de pronto despojada de todo lo demás. *¡No!* Le recorrió la sangre y la conciencia. *¡No!*

Su padre le había quitado demasiado y su marido el resto. Habían destruido su pasado, pero no dejaría que arruinaran su futuro. No podía permitirlo. Si quería experimentar la verdadera felicidad algún día, tenía que luchar contra el impulso de esconderse del mundo y empezar a vivir en él.

Luchó contra sus nervios, aquella noche no cedería ante ellos. Se debía a sí misma al menos intentarlo.

Al ver a un criado que llevaba una bandeja de champán, alargó la mano y cogió una copa que bebió en unos segundos. Hizo una mueca cuando las burbujas bailaron en su lengua. Nunca le había gustado del todo el alcohol, pero esa noche lo consideraba necesario. Mirara donde mirara, la gente bebía, así que bien podía seguir su ejemplo.

Rodeó a una pareja que charlaba a su lado y siguió al criado, cogió sutilmente otra copa y la sustituyó por la que ya había vaciado. El rostro del muchacho permaneció estoicamente inmutable, pero ella hubiera jurado ver un destello de desaprobación en sus ojos.

¡No seas tonta! Se reprendió a sí misma. *Nadie te está juzgando. Solo son los nervios. Nadie se ha fijado en ti.*

—Venía a ofrecerle otro refrigerio, pero parece que se me ha adelantado.

La profunda y masculina voz a su espalda la hizo darse la vuelta tan deprisa que casi derrama la copa de champán. Sus ojos entraron en contacto con una reluciente camisa blanca

antes de levantar la vista para encontrar el rostro sonriente de un completo desconocido.

Un descarado y muy apuesto desconocido, o al menos así le pareció lo que podía ver de él. El corazón le palpitó fuertemente en el pecho al contemplar el rebelde rizo oscuro que le caía por la frente, la mandíbula cincelada y los ojos de un impactante color verde. ¡Era guapísimo! Alto y fornido, y desbordaba masculinidad.

—He notado que le estaba haciendo justicia a la primera copa —prosiguió, ignorando educadamente el hecho de que ella se había quedado viéndolo embobada—. Pensé que estaría muy sedienta o teniendo una velada que ameritaba un abundante consumo de champán. De modo que aquí estoy, al rescate. —Le tendió la mano y entonces se dio cuenta de que llevaba dos copas—. Pero, como decía, usted se me ha adelantado.

Emmaline estuvo tentada de hacer lo que hacía siempre que la dominaban los nervios, darse la vuelta y huir. Sus pies retrocedieron antes de que su mente procesara del todo la situación.

—Déjeme adivinar —continuó el desconocido, sin que el silencio de Emmaline lo desanimara—: una diosa tan bella como Venus jamás se rebajaría a hablar con un simple mortal como yo. ¿O tal vez sea usted Afrodita? Nunca he sabido distinguirlas.

—Su primera suposición fue la correcta, señor. ¿No ve el diseño romano del brazalete? —preguntó Emmaline.

¿Acaso ese tono seductor había salido de su boca? Le resultaba difícil creerlo. Observó que la expresión del hombre se convertía en una sonrisa lobuna. Era lógico, ya que llevaba una máscara de lobo, cosa que contribuía a realzar la seductora naturaleza depredadora que este hombre parecía poseer.

Un cazador al acecho de su presa.

Esto debió haberla asustado, pero no fue así.

—Supongo que no puedo esperar que un lobo le dedique mucho tiempo a leer los clásicos —siguió Emmaline, sorprendida de la repentina confianza en sí misma.

—Pero no le importaría conversar un rato con uno, ¿verdad?

—Bueno, es mucho mejor que estar sola como estoy yo. O... estaba.

La risa del joven atrajo la atención de la gente a su alrededor, pero Emmaline no se acobardó como era lo habitual en ella. En parte, se debía a que la máscara le otorgaba un anonimato que nunca había experimentado antes.

En Londres no la conocía nadie. Sabían de su existencia, pero nunca había tenido una presentación en sociedad, pues su padre ya la había prometido a lord Stretham y decía que no era necesario hacer tal cosa.

Detrás de una máscara podía ser quien quisiera y, lo que era más importante, podía hablar con quien quisiera. Y, ahora mismo, con el estómago agitado ante el sonido de esa risa ronca y profunda, con los ojos clavados en la fuerte columna de su garganta, lo que quería era a él.

—¿Estaba? —replicó con una sonrisa maliciosa—. Entonces tendré que esforzarme al máximo, no me gustaría que se fuera a buscar a alguien más versado en los clásicos que yo.

—Eso depende enteramente de lo entretenido que sea usted —respondió Emmaline alegremente.

Él sacudió la cabeza asombrado.

—¿Cómo es que no la había conocido antes? ¿De dónde viene usted?

La pregunta paralizó momentáneamente a Emmaline, que sintió que la invadía una nueva oleada de pánico.

—¿Cómo sabe que no lo ha hecho? —preguntó, satisfecha de haber mantenido la voz más o menos serena.

La mirada del lobo se oscureció de tal modo que hizo que se le encendiera la sangre.

—Confíe en mí, Diosa, lo sabría si la hubiera visto antes.

Su voz era como un sorbo de brandi caliente y embriagador, y se estremeció a pesar de la cálida noche. ¡Por todos los santos! Ese hombre podía dar lecciones de seducción a quien fuera. Era un peligro, se notaba a la legua, pero no el tipo de peligro que daba miedo, sino del que seduce, que tienta, que cautiva. Era absolutamente fascinante.

No sabía nada de él, salvo que era al menos una cabeza más alto que casi todos los demás en el salón; sus hombros eran de una anchura imposible, su vestimenta estaba impecablemente confeccionada y tenía un encanto galante que podía volverse fácilmente irresistible.

¿Y por qué debería resistirme? Una voz que se parecía sospechosamente a la de lady Wyndham sonó en los recovecos de su mente. *Eres soltera y viuda. ¿Por qué no aprovechar la oportunidad de vivir la vida?*

Se quedó perpleja ante aquel pensamiento licencioso y errático. Sorprendida pero incapaz de reprimirlo, la idea se quedó en su piel, igual que los ojos detrás de esa máscara de lobo.

—Entonces, ¿me dirá su nombre?

—Creía que la regla era no revelar quiénes somos hasta la medianoche.

Su risa le produjo un extraño cosquilleo.

—¿Es que no lo sabe, Diosa? Las reglas están para romperse.



Dominic había aguantado apenas media hora antes de abandonar la sala de juegos para ir en busca de la intrigante Venus. George se había limitado a poner los ojos en blanco cuando se levantó bruscamente de la mesa de *vingt-et-un* y salió de la habitación.

No sabía decir por qué estaba tan cautivado por ella. La encontró escondida en un rincón; estaba sola y no rodeada de admiradores como él había esperado. ¿Es que no se daban cuenta esos idiotas de lo inestimable que era tener sangre fresca en el mercado?

La observó atentamente mientras se acercaba a ella. Parecía una chiquilla tímida y eso era decepcionante; quizás estuviera sola porque era aburrida. Estuvo a punto de dar media vuelta cuando la vio levantar la copa de champán y bebérsela de un trago.

El gesto había sido tan tosco que se rio en voz alta, lo que le valió algunas miradas de extrañeza. Las ignoró, nunca le había importado lo que pensaran de él y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Con su curiosidad reanimada, continuó el camino hacia la misteriosa dama y se alegró de haberlo hecho.

Era un poco reservada, demasiado para su gusto, pero había algo en ella, lo vio en sus increíbles ojos, grises como una tormenta; algo que ardía debajo de la superficie, y el hecho de que lo ocultara la hacía aún más interesante.

—Nunca he sido muy dada a romper las reglas —respondió ella.

Él sintió que su miembro viril se agitaba ante esa encantadora amalgama de coquetería y timidez en su voz. Intuyó que no le importaría ser un poco mala, pero, como a tantas mujeres bien educadas, la habían moldeado para ser buena.

—Por suerte para usted, infringir las normas es mi especialidad, entre otras cosas —dijo él con un guiño para ver si conseguía sonrojarla.

Y así fue. No solían gustarle las mujeres que se sonrojaban, lo hacían sentir como si estuviera manipulando su inocencia, pero había algo diferente en ella.

—¿Y se supone que debo dejar que me lleve por el oscuro camino de la transgresión de las

normas? —preguntó Emmaline con fingida indignación.

¡Dios! ¿Sabía ella lo que hacía cuando le metía esas ideas en la cabeza? ¿Esas imágenes de él apropiándose de su dulzura, corrompiéndola? ¿Sabía cuánto se esforzaba por mantener la compostura mientras su mente rumiaba todas las deliciosas formas en que podía enseñarle a romper las reglas?

Por una fracción de segundo, Dominic se preguntó si aquello no sería una mala idea. Nunca le había costado controlar sus emociones ante una mujer, sobre todo una que conocía hacía menos de una hora y de la cual ni siquiera sabía su nombre.

A pesar de sus propensiones, no solía acostarse con desconocidas. Por lo menos se aseguraba de saber el nombre de la dama antes de llevársela a la cama, y siempre se aseguraba de que ella supiera el suyo, así sabría qué nombre gritar. Pero, por alguna razón, sintió que su habitual autocontrol podía ponerse a prueba frente esta pequeña seductora.

Podía acabar con todo aquello en ese mismo instante, marcharse sin saber nunca quién era ella ni cómo sabía su piel, pero antes de que ese pensamiento acabara de formarse, supo que no se iría.

—Si es lo bastante valiente para atreverse, ¿por qué no?

Lanzó el desafío como un guante, ahora solo le quedaba esperar que ella lo recogiera.

CAPÍTULO CUATRO

Emmaline no tenía ni idea de quién sería aquel hombre, pero era realmente persuasivo. Nunca había estado tan deseosa de abandonar toda pretensión de decoro y zambullirse en algo tan pervertido, y por una vez en su vida, era justo lo que iba a hacer.

Puede que se arrepintiera, que fuera el peor error de su vida, pero al pensar en sus últimos miserables años, casada con un monstruo y luego obligada a guardar luto por él, decidió que no sería así.

—Supongo que estamos a punto de averiguarlo, ¿no? —preguntó esperando sonar más sofisticada y segura de lo que se sentía.

La expresión de sorpresa y satisfacción en los ojos del hombre fue suficiente para animarla y se acercó un poco a él, sin creerse del todo que fuera ella la misma persona que había estado encogida en un rincón hacía unos instantes.

Estando tan cerca uno del otro, un aroma a sándalo y a masculinidad asaltó sus sentidos y necesitó más autocontrol del esperado para evitar el impulso de arrojarse sobre él.

—¿No se ha cansado ya del champán? ¿Qué tal una copa de algo de verdad?

Ella frunció el ceño. Por lo que podía ver, las únicas bebidas que servían eran ponche —y no podía imaginarlo bebiendo eso— y champán.

—¿Qué tiene en mente?

—Venga conmigo y se lo enseñaré.

Un destello de inquietud se despertó en ella. Era una locura seguir a un hombre extraño, sea donde fuera; especialmente a uno que parecía el villano de un cuento. Sin embargo, aunque estuviera siendo una completa idiota, no sentía miedo de él.

Era mucho más grande que ella, podría someterla fácilmente si lo deseaba, pero ¿le haría daño? No lo parecía, aunque sabía que debía ser prudente.

—¿Lo normal no sería que me invitara a bailar —preguntó Emmaline, titubeando un poco mientras buscaba reafirmar su valor menguante.

—Mmm... Supongo que sí, pero eso sería seguir las reglas, y como ya hemos establecido, usted no está interesada en eso esta noche, ¿verdad? —Emmaline consiguió negar con la cabeza—. Además, si bailáramos, querría poder abrazarla, no hacer cabriolas a su alrededor como esos idiotas. —Señaló con un gesto a las parejas que bailaban una animada pieza—. Esperaremos al vals.

—Una bebida de verdad... —murmuró ella tragándose el nudo que tenía en la garganta—. Adelante, pues.

A su alrededor, la gente parecía cada vez más desinhibida. Las risas se habían vuelto más estridentes, las conversaciones más íntimas, las miradas que recibía al pasar más descaradas y lascivas. Nada de aquello se parecía a ninguna cosa que hubiera experimentado antes y se alegró mucho de no estar sola.

El lobo iba unos pasos por delante, abriendo camino entre la multitud, y ella se dejaba llevar obedientemente, ansiando un poco de calma y tranquilidad. De repente, un caballero con una elaborada máscara veneciana le cerró el paso.

—Vaya, vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí?

Su irrupción fue tan brusca que chocó contra él, y él la sujetó antes de que pudiera dar un paso atrás.

—Disculpe, señor —dijo mientras intentaba zafarse de su agarre.

—No hay nada que disculpar —balbuceó el hombre. Las palabras salieron tan arrastradas de su boca que le recordaron de inmediato a su marido y su insoportable embriaguez.

—Yo... Por favor, suélteme.

—¡Oh, vamos! ¡Es una fiesta! ¿Qué daño puede hacerle bailar una pieza conmigo?

—No sé cuánto daño puede hacer un baile, pero puedo asegurarle que, si no suelta a la dama, el daño para usted será irreparable.

A Emmaline se le cortó la respiración cuando el lobo apareció de improviso detrás de aquel hombre. Era una cabeza más alto que él y una furia salvaje destellaba en sus ojos verdes. Tenía la mano aferrada sobre el hombro del sujeto y, a juzgar por la mueca que este hacía, le estaba doliendo.

—No pretendía...

—Sí, lo hacía. Aléjese de ella.

El fuerte empujón que le dio al borracho lo hizo trastabillar, pero antes de que Emmaline pudiera ver si le había causado algún daño, la mano del lobo tomó su barbilla para mirarla a los ojos.

—¿La ha lastimado?

—No —respondió ella sin aliento.

Nunca nadie la había defendido así, y menos un completo desconocido. Él la miró un instante antes de bajar la mano hasta su espalda y guiarla suavemente para que siguieran andando.

—¡Me doy la vuelta por un segundo y alguien la acosa! —gruñó con su aliento acariciándole la nuca—. Sabía que era usted irresistible, pero ¡por Dios!

Ella no supo qué responder, de modo que guardó silencio. El corazón le latía frenéticamente y los pensamientos se le agolpaban mientras él la conducía hacia la puerta y a la bendita penumbra y quietud que los esperaba al otro lado.

No hablaron más mientras la llevaba a toda prisa por el pasillo apenas iluminado con apliques. Era evidente que los anfitriones no habían previsto que hubiera invitados en esa parte de la casa, y Emmaline estaba a punto de decírselo cuando el lobo se detuvo delante de una puerta cerrada. La rodeó y su aroma volvió a intoxicarla, giró el picaporte y la llevó al interior.

Notó enseguida que se encontraban en el despacho del propietario y se volvió para señalarle al lobo que no deberían estar ahí, pero las palabras se ahogaron en su garganta cuando lo vio allí de pie, apoyado con indolencia contra la puerta, mirándola a través de su máscara.

Sin mediar palabra, bajó la mano y se oyó el inconfundible sonido de la puerta cerrándose con un chasquido que sonó tan fuerte como las campanadas de una iglesia en una habitación silenciosa.

—Por si alguien tiene la misma idea —dijo apartándose de la puerta y avanzando en su dirección. Ella resistió el impulso de retroceder. —No queremos que nadie se haga una idea equivocada, ¿verdad?

Emmaline consideró más prudente no contestar para no decir una tontería y se limitó a mirar cómo se acercaba y pasaba por su lado hasta detenerse junto a una bandeja de plata con una botella de brandi y un par de gruesos vasos de cristal. Sirvió una abundante medida del líquido ambarino en los dos vasos y le ofreció uno.

Ella se quedó mirando fijamente el vaso como si este pudiera indicarle cómo debía proceder. Se quedó así tanto tiempo que él se echó a reír, y solo entonces volvió a centrar su atención en él.

—No muerde —le dijo suavemente—. Y yo tampoco. —Sus labios se curvaron en una mueca—. A menos que usted quiera.

¡Oh, Dios! ¡Las cosas que decía! Emmaline resistió el impulso de empezar a abanicarse, pero el tono desafiante del lobo despertó en ella una faceta que no conocía y alargó la mano para arrebatárle el brandi antes de arrepentirse.

—¿Ha bebido brandi alguna vez? —preguntó él antes de dar un sorbo.

—Alguna que otra vez —respondió ella en voz baja—. Mi marido tenía una bodega bien surtida y a veces me daba el gusto.

No mencionó que Lucy se lo daba tras alguna noche especialmente mala, o que la señorita Cole le echaba un poco a escondidas en el té después de quebrarse y confesarle lo horrible que era su vida en aquella casa.

Emmaline no se dio cuenta de lo que acababa de decir hasta que vio que él fruncía el ceño.

—¿Está casada?

Parecía muy disgustado y le sorprendió que reaccionara así. No parecía el tipo de persona que se opusiera moralmente a un escarceo con una mujer casada, y por lo que le habían dicho lady Wyndham y las otras viudas, sabía que la carta blanca entre los miembros casados de la sociedad era algo más que habitual.

—Viuda —respondió sin ningún pesar o retraimiento en su tono. Pensó que quizás debió haber fingido algo de tristeza, pero si este iba a ser un nuevo comienzo, lo empezaría con honestidad.

—¿Viuda? —repitió él con evidente sorpresa—. Pero parece tan...

—¿Joven? Lo soy. Me casé a los dieciocho años y enviudé a los veintiuno.

—Siento oír eso —dijo él, pero no parecía sentirlo en absoluto.

Del mismo modo que sus emociones habían estado fluctuando alocadamente toda la noche, también lo habían hecho sus nervios. De pronto estos desaparecieron y soltó sin rodeos:

—No lo sienta, yo no lo hago.

Hubo un momento de silencio antes de que él echara la cabeza hacia atrás y su carcajada repicara por toda la habitación, sonora y contagiosa.

—No sé quién es usted, Diosa, pero me alegro muchísimo de que haya venido esta noche.

CAPÍTULO CINCO

Dominic se sentía cada vez más cautivado por la joven que tenía delante. Por extraño que pareciera, no recordaba la última vez que había disfrutado tanto de una velada, cosa que lo desconcertaba, pues la mayoría de ellas las había pasado desnudo, ya sea encima, debajo o detrás de alguna hermosa mujer.

Desde luego, no le había gustado nada darse la vuelta para ver cómo la abordaba Spencer Darcre, el irritante francesillo aficionado al opio y a las malas decisiones.

Los celos furiosos que se habían desatado en él lo pillaron por sorpresa. Nunca había sido del tipo celoso, pero algo lo sacó de quicio al ver las manos de otro hombre sobre su Diosa.

Además, casi se había atragantado con su propia lengua cuando ella mencionó casualmente a un marido. Aquello también le pareció desconcertante, ya que no sería la primera mujer casada con la que hubiera disfrutado de una aventura, pero la idea de que le perteneciera a alguien más era, por razones desconocidas, completamente inaceptable para él.

Si el brutal comentario de la muchacha era un indicio, claramente no había sido un matrimonio por amor. También le preocupaba haberse sentido aliviado al escucharlo. No es que le deseara un mal matrimonio a ninguna muchacha inocente, enviudar a los veintiún años debía ser una cruz difícil de llevar, tanto si el matrimonio había sido bueno como si no.

Ella sonrió brevemente y él sintió el impulso desesperado de quitarle la máscara para poder ver algo más que aquellos ojos tempestuosos y esa irresistible boca rosada. Pero podía esperar.

—Brindemos por una vida libre de maridos indeseables.

Alzó la copa y la miró fijamente. Pudo ver un destello de indecisión en sus ojos y volvió a preguntarse de dónde había salido aquella mujer, y lo que era más importante, por qué había aparecido recién ahora.

Pero tras ese instante de cavilación, ella alzó la barbilla y el vaso.

—¡Por la libertad! —brindó antes de beberse todo el contenido de un sorbo y luego atragantarse.

Dominic corrió a su lado, le quitó el vaso de la mano y lo colocó sobre el escritorio de Colson.

—Ya sé que ha dicho que ha bebido antes, Diosa, ¡pero no tenía que hacerlo como si fuera un pirata con una botella de ron!

Ella jadeó y resolló tanto que Dominic la atrajo hacia él para frotarle la espalda con movimientos relajantes, intentando ignorar el calor de su cuerpo a través del delgado material de su toga y el suave aroma floral de su cabello.

Maldita sea... ¡Qué bien se sentía tenerla entre sus brazos! Ni siquiera le llegaba a la barbilla, pero cada una de sus curvas era la de una auténtica mujer.

—Solo respire —la tranquilizó—. Inspire por la nariz y expire por la boca.

La tos finalmente remitió, pero él no dejó de acariciarla y ella tampoco se apartó. Permanecieron así durante segundos o eones, sin que el silencio se viera interrumpido por nada más que la respiración agitada de Emmaline, hasta que incluso eso desapareció.

—¿Está bien? —preguntó él en voz baja, sin querer interrumpir aquel silencio.

Ella carraspeó antes de soltarse de su abrazo.

—Quizás me he permitido más libertad de la debida —dijo apenada.

La única luz de la habitación procedía de la luna que brillaba a través de las ventanas. Las

cortinas estaban abiertas y el plateado resplandor hacía brillar sus diamantes y sus rubíes. Tenía un aspecto etéreo a la luz de aquella luna.

— Quizás —convino él alegremente.

—Pero ya que vamos a romper las reglas esta noche —continuó Emmaline con la voz aún ronca por el ataque de tos—, ¿sería ir demasiado lejos si me quitara la máscara? Sé que debemos esperar a que el reloj marque la medianoche, pero temo que mis ojos llorosos la estropeen.

—Vamos a romper todas las reglas esta noche, Diosa —respondió él, y la chispa de deseo que había empezado cuando la vio se convirtió en una auténtica llama.

Miró embelesado cómo se llevaba las manos hacia atrás y se desataba las cintas que sujetaban la máscara. El corazón le latía de una manera inusitada mientras esperaba, con la garganta seca, a que se descubriera por completo. Muy despacio, como si el tiempo se hubiera detenido, ella bajó la máscara y allí estaba. Era deslumbrante, tal como había sospechado.

No pudo reprimir el juramento que se escapó de sus labios mientras la contemplaba, sus ojos devoraban cada centímetro de su bello rostro.

—¿Quién eres? —preguntó, notando el asombro en su propia voz pero sin importarle lo más mínimo.

Los ojos grises de la joven se ensombrecieron un instante.

—Emmaline —respondió—. Lady Stretham.

A él le tomó un momento comprender con quién había estado casada la muchacha, y cuando lo hizo, el asco le revolvió el estómago.

—¿Te entregaron a ese viejo cabrón a los dieciocho años? —preguntó horrorizado.

Ella tragó saliva y asintió con la cabeza, y de repente aquel nerviosismo, aquella vacilación que él había advertido antes, cobraron todo su sentido. No podía ni imaginar la vida que habría vivido en las garras de aquel hombre. No quiso ni imaginarlo para no dejarse llevar por la rabia.

No supo qué decirle. Todo el mundo conocía la crueldad de aquel individuo, las sospechosas muertes de sus numerosas y jóvenes esposas...

La idea de que algo así pudiera ocurrirle a la mujer que tenía delante, aunque fuera una desconocida, le dieron ganas de arrojar algo contra la pared.

—No quiero tu compasión.

La repentina dureza en la voz que había sido tan dulce hasta ahora sorprendió a Dom y lo arrancó de sus furibundos pensamientos.

—Veo que me reconoces, o al menos el nombre de mi marido. Y no quiero lástima, no he venido por eso.

—¿Entonces a qué has venido?

La respuesta tardó en llegar.

—Para vivir la vida que me fue negada —murmuró finalmente—. Para disfrutar de todo lo que nunca he tenido. Para ser libre. —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios—. Para romper algunas reglas.

¡Diablos! Era encantadora. Completamente encantadora.

—Entonces creo que es hora de romper una de mis favoritas —respondió él mientras alargaba la mano y la atraía lentamente, dándole tiempo de sobra para resistirse si quería.

Pero ella se dejó llevar de buena gana, mirándolo a los ojos mientras él le acariciaba la nuca.

—¿Y cuál es? —susurró.

—La de no besar extraños en estudios oscuros —respondió él antes de inclinarse para atrapar sus labios en un beso explosivo.



Emmaline descubrió dos cosas a la vez cuando los labios del lobo se posaron en los suyos: nunca la habían besado de verdad en toda su vida y su pasado no había logrado quebrantarla. Durante mucho tiempo le había preocupado que algo estuviera mal en ella, dado lo mucho que le repugnaba el contacto físico, pero el fuego que se desató en su interior desde que aquel extraño desafiante la tocó no era nada repulsivo. Era adictivo, lujurioso, excitante y algo aterrador, pero en absoluto repulsivo.

Se estremeció al sentir su lengua en la comisura de los labios y fue lo más fácil del mundo abrir la boca para él, permitir que aquella lengua hábil la probara, explorara y mordisqueara, que sus brazos la rodearan y la atrajeran contra sus músculos duros como piedras.

No pudo contener un gemido al sentir su miembro agitándose contra su estómago y disfrutó con el sonido de su reacción, como un gruñido atormentado.

Tener ese poder sobre un hombre como aquel era una sensación embriagadora. Saber que podía extraer placer de sus besos y que sentía deseos de hacer más que eso era fascinante. Algo que le cambiaba la vida. No quería que se acabara nunca. De hecho, quería mucho, mucho más.

Sin saber cómo pedir algo que nunca había creído que anhelaría, Emmaline solo podía actuar por instinto, por muy inexperto y poco sofisticado que fuera este.

Con un suspiro de urgencia y desesperación, se acercó aún más a su lobo. Esperaba encontrar algo que aliviara el dolor punzante y persistente que sentía en su interior. Nunca antes había sentido algo así, era como si lo único que pudiera impedir que estallara en mil pedazos fueran sus manos.

Aquellas manos.

Emmaline jadeó y el sonido quedó ahogado por el beso del lobo al tiempo que empezaba a recorrerla con sus caricias, primero por la curva de la cintura, luego apretando sus nalgas para estrecharla contra la cálida solidez de su cuerpo. Emmaline se sentía salvaje y lujuriosa, estaba al borde de la euforia y él apenas había empezado a tocarla.

De pronto, el lobo se separó de su boca y ella se quejó, ansiosa por volver a sentirlo cerca; pero él no dejó de besarla, al contrario, siguió besándola en la barbilla, el cuello, la oreja... Mordisqueó el lóbulo un momento antes de bajar hasta la piel desnuda de su escote.

Con una mano empezó a acariciar su cadera y siguió subiendo, peligrosamente cerca de los pechos. Y ella lo deseaba. Lo deseaba tanto que pensó que moriría si no la tocaba.

—Por favor... —Su voz era gutural, diferente a todo lo que había salido de su boca antes, pero estaba tan extasiada que no le importó—. Quiero más.

Él gruñó contra su cuello.

—No me tientes, Diosa —ronroneó con un tono implorante—. Si seguimos así, no sé si podré parar.

—No quiero que pares —replicó ella sin pensarlo—. No pares. No pares.

—No estás pensando con claridad.

—¿Y qué?

Él soltó una carcajada.

—Aprendes rápido lo de romper las reglas. Estoy impresionado.

Se apartó para mirarla a los ojos y Emmaline se alegró al ver que su respiración estaba tan agitada como la suya.

Con un gesto sorprendentemente delicado, él levantó la mano y le apartó un rizo de la mejilla.

—¿Sabes lo que estás pidiendo? —preguntó en voz baja.

Emmaline se sentía al borde de un precipicio. Esto era exactamente lo que había venido a buscar a Londres, pero no había esperado encontrarse algo tan intenso ni tan rápido. Ni siquiera sabía quién era él; bien podría estar casado o ser un canalla, o podría estar jugando con ella y ser tan cruel como Stretham, aunque cada fibra de su ser le decía que no lo era.

La razón la instaba a marcharse, pero su cuerpo le suplicaba quedarse para descubrir cuánto placer era capaz de sentir.

—Yo...

—¡Lady Stretham! ¿Está aquí?

La voz de la señora Colson se oyó fuera y Emmaline se apartó de su misterioso lobo como si la estuviera quemando.

—¡Oh, no! ¿Qué hacemos?

—Shhh...

El lobo llevó un dedo a sus labios, que aún palpitaban, y otra oleada de deseo la recorrió por dentro, incluso estando en esa situación tan arriesgada y muy inapropiada.

Permanecieron así, en silencio, con su dedo pegado a sus labios y los ojos de ella clavados en él. El pomo de la puerta giró y Emmaline contuvo la respiración, pero el lobo había tenido la precaución de echar el cerrojo, desde luego.

No podía decir que se arrepintiera, sobre todo ahora que sabía lo que era ser besada por alguien que, sin duda, sabía lo que hacía.

—Se ha marchado. —Su voz tranquila rescató a Emmaline de sus pensamientos licenciosos—. Sal tú primero, yo iré después.

A pesar de la punzada de decepción por tener que separarse de él, Emmaline asintió y se dirigió a la puerta. Quiso preguntarle si volvería a verlo, si vendría a buscarla, o si aquello solo había sido un mero pasatiempo, pero su orgullo la empujó a seguir adelante sin mirar atrás.

Estaba llegando ya al salón de baile cuando se dio cuenta de que se había dejado la máscara. No podía volver a por ella y tampoco podía entrar con la cara descubierta antes de la gran revelación, de modo que estaba atrapada.

Suspirando derrotada, regresó al vestíbulo. Solo le quedaba esperar al carruaje que la había traído o pedir a un lacayo que la escoltara hasta alguno de alquiler.

Su alivio fue tangible cuando un criado la vio y enseguida mandó traer su carruaje mientras otro le alcanzaba la capa. Marcharse tan temprano podría decepcionar a su poco convencional mentora, pero no podía decirse que la velada en sí hubiera sido decepcionante; de hecho, había sido todo lo contrario.

CAPÍTULO SEIS

—¡Suenan maravilloso! Estoy tan decepcionada de no haber podido verte con todas tus galas... Lucy dijo que estabas radiante.

Emmaline sonrió débilmente a Kate mientras bebía un sorbo de su té y se concentraba en evitar que se le ruborizaran las mejillas. Cuando la entusiasta Lucy la despertó por la mañana con una taza de chocolate, le contó entre risas cómo había sido la velada, pero omitiendo su escandaloso encuentro en el estudio.

Ella jamás cotillearía, siempre guardaba todos los secretos que Emmaline le confiaba, pero esto no era algo que se pudiera compartir. Al menos no todavía.

Necesitaba aclarar sus sentimientos al respecto antes de hablar de ello con nadie más. Y ahora, sentada a la mesa del desayuno con Kate, dudaba de si debía hacerlo o no. No creía que la señorita Cole fuera del tipo prejuicioso, pero no quería herir su sensibilidad.

—Estabas cansada, querida —le dijo—. Merecías un buen descanso. Además, yo estaba en casa durmiendo antes de la revelación, no te has perdido gran cosa.

Emmaline bebió otro sorbo de té y rezó para que su rostro no la delatara, porque la noche anterior había sido en realidad la más emocionante de toda su vida.

—¿Qué es esa cara?

La sagaz pregunta de Kate atrajo su atención.

—¿Qué cara? —preguntó a la defensiva.

Emmaline luchaba desesperadamente por mantener una expresión neutral mientras los ojos castaños de Kate se entornaron ligeramente antes de ensancharse.

—¡Ha pasado algo! —susurró emocionada—. ¡Ha ocurrido algo y tienes que contármelo enseguida!

—Shh...

Emmaline agitó la mano y señaló con un gesto a los criados que estaban en la puerta.

El personal con que contaba era muy reducido, ya que solo tenían que ocuparse de ella y de Kate, pero, aun así, había suficientes oídos para ponerla nerviosa. Sin embargo, el entusiasmo de Kate era contagioso y la irlandesa no parecía escandalizada por la idea de algo inapropiado, y ella, francamente, se moría de ganas de contarle.

Decidida, dejó la taza de té y se levantó de la mesa.

—Señorita Cole —dijo en voz alta para que la escuchara el servicio—, Es una mañana preciosa, ¿por qué no damos un paseo por el parque antes de que haga demasiado calor?

Kate sonrió pícaramente mientras se ponía de pie.

—¡Una idea maravillosa, milady! Voy a por nuestras cosas.

Salió corriendo de la habitación antes de que Emmaline pudiera contestar. Rio para sí misma y se dirigió a la puerta principal.

Mientras esperaba, la invadió una sensación de total satisfacción. Un encuentro secreto, un beso con un atractivo desconocido... Y ahora una amiga, una verdadera amiga con la que charlar. Todas eran cosas que nunca había imaginado experimentar.

¡Y todas las experiencias que le faltaban vivir aún!



—Hasta donde sé, la máscara sigue en el estudio, lo que suscitará un montón de preguntas incómodas si la señora Colson la encuentra —murmuró Emmaline un rato más tarde, mientras Kate y ella paseaban por el Serpentine.

La sombrilla de encaje blanco que llevaba las protegía del sol y les permitía mantenerse juntas mientras Emmaline se confesaba. El parque estaba felizmente tranquilo, la mayoría de las personas que allí había eran niñeras e institutrices con sus niños. La gente de la sociedad no aparecería hasta más tarde, cuando estuvieran seguros de que serían vistos.

No obstante, por si acaso, bajaba la voz. Ni Kate ni ella tenían ningún compromiso aquella tarde, podrían haber esperado y hablar en la seguridad de su salón, pero estaba demasiado inquieta y deseosa de descubrir si Kate la juzgaría con dureza o no.

Para su sorpresa y satisfacción, ella se mostró muy entusiasmada al conocer la escandalosa historia. Exigió hasta el más mínimo detalle para que pudieran analizar toda la velada y determinar si el lobo tenía o no intención de volver a verla.

—Mmm... ¿No podrías decirle que perdiste la máscara antes de irte?

—Tendré que hacer eso —respondió Emmaline—. Y esperar que tenga la amabilidad de fingir que me cree.

Caminaron en silencio durante unos minutos; Kate iba ensimismada en sus pensamientos y Emmaline jugueteaba con la cinta de su vestido celeste de paseo.

—Bueno, nada de lo que me has contado aporta ningún indicio sobre quién podría ser él —dijo Kate mientras cruzaban un puente que las llevaría al otro lado del parque.

Habían decidido ir al salón de té Gunther's a por unos refrescos. Kate alegó que estaba acalorada por el intenso verano londinense, pero Emmaline tenía la sospecha de que quería explorar el sitio y ver si el lobo merodeaba por allí.

—Pues no, y como no sé quién es, le resultará bastante fácil si decide olvidarse de todo lo que sucedió anoche —respondió Emmaline, intentando sonar despreocupada.

Y lo estaba, hasta cierto punto.

Era solo un hombre al que había visto apenas una vez. Que despertara en ella algo que desconocía, no significaba que fuera especial. Probablemente habría montones de hombres que podían hacer lo mismo, solo que ella aún no los había conocido.

Por desgracia, cada vez que pensaba en otros caballeros, como en el borracho que la había abordado la noche anterior, se le revolvía el estómago y se le ponían los nervios de punta.

Pero alguno tenía que haber, ¿no?

—Sería un tonto si quisiera olvidarse de ti, Emmaline. —Kate le apretó el brazo—. Eres hermosa por dentro y por fuera, te mereces a alguien que lo reconozca y lo aprecie. Dios sabe que nunca lo has tenido.

Emmaline sintió que le ardían los ojos ante esas cariñosas palabras. Había visto mucha oscuridad en su vida, pero personas como Kate Cole eran rayos de luz y tenía mucha suerte de contar con ella.

—Me alegro mucho de tenerte como amiga, Kate —dijo mirando a su compañera con los ojos humedecidos.

—¡Oh, tonterías! —exclamó Kate, pero a ella también se le llenaron los ojos de lágrimas—. Soy yo quien se alegra. Me has salvado de una vida de miseria y pobreza, estoy más agradecida de lo que puedo expresar.

—Pues yo siento que eres tú quien me ha salvado a mí —respondió Emmaline.

Kate le dio una palmadita en la mano.

—Quizás podamos estar de acuerdo en que nos hemos salvado la una a la otra.

Se hizo otro silencio y esta vez fue Emmaline quien lo rompió.

—¿Nunca has querido casarte? —le preguntó, insegura de si aquella interpelación le molestaría.

Kate apartó la mirada un momento y sus rebeldes rizos rojos bailaron con la suave brisa veraniega.

—Supongo que sí —respondió—. En mi juventud soñaba con conocer a alguien. Nunca anhelé un noble o un aventurero, ni un gran amor como los de los poemas y las novelas, tan solo quería un hombre bueno para vivir una vida tranquila y feliz.

A Emmaline eso le sonaba al paraíso. Desafortunadamente, ser hija de un caballero codicioso significó para ella estar confinada en un círculo poderoso y cruel. A veces deseaba no haber nacido en una familia acomodada, hubiera sido feliz trabajando para ganarse la vida junto a algún hombre que la tratara con respeto y amor.

—¿Y nunca conociste a un hombre así?

El suspiro de Kate pareció provenir de lo más profundo de su alma.

—Una vez creí que lo había hecho, pero, bueno, mi padre estuvo enfermo durante mucho tiempo y él no creía poder hacerse cargo de los dos.

Se encogió de hombros como si no importara, pero Emmaline podía percibir su dolor y su angustia. No supo qué decirle, no estaba en condiciones de dar opiniones sobre la bondad de los hombres, de modo que ni siquiera lo intentó. En lugar de eso, pasó un brazo por los hombros de su amiga y le dio un fuerte apretón. Fue un poco complicado, con la sombrilla en una mano y la estatura de Kate, que era más alta que ella, pero, aun así, lo consiguió.

—¿Quién necesita a los hombres? —le dijo con tono distendido—. Por lo que yo sé, te hacen daño, te decepcionan o te abandonan.

La risa de Kate fue un poco forzada, pero al menos reía.

—En eso tienes razón, supongo. Aunque quizás alguno te sorprenda algún día. Aún eres joven.

Emmaline pensó fugazmente en el lobo de ojos verdes. Si hubiera querido volver a verla, le habría revelado quién era. Pero se negó a seguir pensando en eso. Él no le debía nada y lo más probable era que, de cualquier modo, acabara decepcionándola.

—No, me temo que ningún hombre podrá volver a sorprenderme nunca más —le aseguró a su amiga.

—¡Sorpresa!

Todo el cuerpo de Emmaline se paralizó al oír aquella voz familiar. Con el corazón acelerado, se volvió lentamente y lo vio: los hombros anchos, la mandíbula cincelada, el pelo negro azabache y unos deslumbrantes ojos verdes.

Era él. Era su lobo.

—¡Hola, Diosa! —la saludó con una sonrisa.

Tal vez sí podía ser sorprendida, después de todo.

CAPÍTULO SIETE

Dominic podía sentir la mirada de George clavándose en su espalda. Su amigo lo había estado acosando con preguntas toda la mañana, desde que lo fue a buscar a su habitación para que lo acompañara a desayunar en el club.

Cuando estuvieron en un lugar apartado de miradas y oídos indiscretos, le contó brevemente sobre su encuentro con lady Stretham la noche anterior y le pidió que averiguara dónde vivía.

George lo miró como si estuviera loco, y, a decir verdad, Dominic estaba de acuerdo con él. Nunca antes el beso de una dama lo había hecho ir por todo Londres como un lunático, intentando averiguar algo acerca de ella. Tampoco había regresado jamás solo de una fiesta ni había rechazado ninguna propuesta.

Y, desde luego, nunca se había quedado dando vueltas en la cama, soñando con un par de ojos grises como una tormenta, rizos de seda castaña y aroma de madreSelva.

Pero eso era exactamente lo que había ocurrido. Aquella mujer lo había consumido tanto que tenía que tomarse de la mano a sí mismo para poder andar correctamente. Era una sensación exasperante y muy molesta. Tampoco le gustaba el hecho de haberse quedado con su máscara, como si fuera un tonto enamorado en su primer flechazo.

Había sido cuestión de un momento para George encontrar a un conocido y averiguar todos los detalles sobre lady Stretham y dónde vivía. Hacía poco que había comprado una casa, le contó Arnold Fletcher. El viejo bastardo del que enviudó le había dejado tanto dinero que se podría nadar en él, y ella utilizó una parte para comprar su propia finca en lugar de buscarse otro marido.

41

Saber aquello le había complacido tanto que le molestaba. No debería alegrarse porque ella quisiera permanecer soltera, no debería importarle en absoluto, pero, de algún modo, lo hacía. Por eso había arrastrado a George hasta la puerta de la muchacha en cuanto supieron dónde vivía, aunque era demasiado temprano para recibir visitas.

Y cuando se enteró de dónde estaba ella por una criada bastante parlanchina, volvió a arrastrar a George hasta allí, sin saber qué contestarle cuando este le preguntó qué diablos le pasaba.

Mientras recorrían el parque, se decía a sí mismo que no podía ser tan atractiva como le había parecido la pasada noche. No podía ser tan encantadoramente etérea. No podía saber tan bien.

Había sido cosa del disfraz, de la luz de la luna y del brandi. Eso era todo.

Pero entonces la vio junto a otra mujer más alta, como una visión en azul y blanco. Supo que era ella incluso a la distancia.

La deslumbrante melena oscura debajo del sombrero blanco y aquel cuerpo... Sí, era ella.

Y ahora lo estaba mirando fijamente con unos ojos tan grandes y brillantes que le costaba respirar.

—¿Es este el hombre lobo?

El susurro de su acompañante fue tan fuerte que podría haber despertado a los muertos, y Dominic rió suavemente mientras las mejillas de su dama se teñían de un tono rosado. Emmaline no parecía muy dispuesta a hablar, o tal vez no era capaz de hacerlo, así que él respondió por ella.

Haciendo una profunda reverencia, se quitó el sombrero.

—Lord Dominic Tilton —dijo—. Segundo hijo del duque de Ormson.

Con el rabillo del ojo, vio que Emmaline se sobresaltaba, realmente no tenía ni idea de quién era él. La noche anterior, había recordado que nunca se presentó con la muchacha cuando ella ya se había marchado, estaba demasiado entretenido con cosas mucho más agradables.

Cuando creyó que era seguro salir del estudio, ella ya había abandonado el salón de baile, y por eso estaba ahora en plena persecución por la ciudad a una hora en la que habitualmente estaría durmiendo por los excesos de la noche anterior.

Era ridículo, pero allí estaba.

—¡Es el hijo de un duque, Emmaline! ¡Y a ti te preocupaba que pudiera ser un asesino!

Emmaline cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Dom habría jurado que la oyó murmurar algo sobre que el suelo se abriera para tragársela.

—¿Le has hablado a tu amiga de mí, Diosa? Me siento halagado.

Emmaline parecía decidida a no decir nada, pero Dom no tenía de qué preocuparse, pues su amiga estaba más que dispuesta a colmar el silencio.

—¡Oh, sí! —respondió Kate—. Hemos estado especulando sobre quién podría ser usted.

La voz de la mujer tenía un encantador tono irlandés y Dom recordó que la residencia principal de Stretham estaba en Cork, Irlanda. Esa era la razón de que nadie la hubiera visto hasta ahora, ese canalla la había mantenido escondida al otro lado del mar.

—Ahora ya lo sabéis —respondió con una sonrisa—. Aunque me encuentro en desventaja.

Esto pareció sacar de su trance a la bella mujer de cabello oscuro, que fulminó con la mirada a su amiga antes de soltar un suspiro de resignación y volverse hacia él.

—Milord —comenzó a decir, pero él levantó una mano.

—El título es honorífico, debido al apellido de mi familia. Con *Dominic* bastará.

Las mejillas de la joven se sonrojaron aún más.

—¡Oh! No podría... Es...

—¿Inapropiado? —preguntó él, esperando que sus ojos expresaran lo estúpida que le parecía tanta corrección, teniendo en cuenta cómo se habían conocido.

La mirada de ella le dijo que lo había entendido muy bien, pero lo aceptaba a regañadientes.

—Dominic.

El sonido de su nombre en sus labios lo deleitó enormemente, pero mantuvo una expresión impasible para no asustarla.

—Esta es mi amiga y compañera, la señorita Catherine Cole. Kate.

Una tos nada sutil le recordó a Dominic que se había olvidado por completo de su propio acompañante.

—Lady Stretham, señorita Cole, os presento a George Philips, mi amigo y administrador de fincas. George, lady Emmaline Stretham y la señorita Catherine Cole.

George hizo una reverencia tan profunda que Dominic temió que no pudiera volver a levantarse, y cuando se enderezó tenía la cara roja. Le extrañó la aparente incomodidad de su amigo.

Es un placer, señorita Cole —murmuró mientras miraba fijamente a la pelirroja, ignorando por completo a la condesa.

Dominic sonrió complacido. Parecía que la irlandesa le había causado impresión. Sin embargo, sabía que George jamás querría ser descortés, así que le dio un codazo y le hizo un gesto sutil con la cabeza en dirección a Emmaline.

—¡Oh, lo siento! —balbuceó—. Es un gran honor conocerla, milady.

Emmaline sonrió amablemente, pero su expresión era de suspicacia mientras miraba a uno y a otra antes de volverse hacia Dominic y levantar las cejas. Estaba claro que también había percibido algo entre ellos.

—George y yo estábamos a punto de dar un paseo para dejar descansar a los caballos —mintió Dominic—. ¿Os importaría que os acompañemos?

—¡Desde luego! —El inmediato asentimiento no provino de la Diosa, sino de su acompañante—. Íbamos de camino al Gunther's, si os apetece uniros a nosotras.

El respingo de Emmaline hizo sonreír a Dominic.

—¡Kate! —la reprendió por lo bajo—. Esto no es para nada apropiado.

—¡Tonterías! —respondió Kate, que se estaba convirtiendo rápidamente en una de las personas favoritas de Dominic—. Tú eres una viuda y yo una solterona. ¿A quién le importa lo que hagamos?

—A mucha gente —replicó Emmaline enfurruñada, pero su maravillosa amiga ya había dejado de escucharla.

—Señor Philips, ¿vamos?

Kate le soltó el brazo a Emmaline y se lo tendió a George, que se puso colorado pero no dudó en tomar el brazo de la dama y comenzar a andar en dirección al Gunther's.

—Parece que tenemos una nueva parejita. —Emmaline parpadeó y lo miró con ese aire de timidez que la rodeaba como un aura—. Yo diría que a mi amigo le ha gustado mucho tu amiga —dijo Dominic de forma distraída mientras la tomaba del brazo para guiarla a paso lento para que estuvieran solos.

—Sí, me he dado cuenta —contestó ella con una pequeña sonrisa—. ¿Está soltero?

—Soltero empedernido. Al menos hasta ahora.

—Quizás solo necesitaba encontrar a la mujer adecuada para que eso cambiara —reflexionó ella mientras miraba a George y Kate alejándose.

—Sí —respondió Dominic pensativo—. Tal vez sea eso.



No había exagerado en sus recuerdos el encanto de aquel hombre, ni su bello rostro, ni el deseo que había despertado en ella la noche anterior.

Emmaline luchaba más de lo debido para no apretar su brazo ridículamente musculoso mientras caminaban a paso lento. Para entonces, Kate y el señor Philips habían desaparecido de la vista. Estaban solos.

Emmaline se preguntó si a su amiga también le gustaría el sencillo pero agradable señor Philips. ¿No sería maravilloso que Kate encontrara el amor después de tantos años de soledad? Aunque eso la dejaría sin su compañera. Aun así, sería un pequeño precio a pagar por verla feliz. Como viuda, no necesitaba una compañera, muchas mujeres viudas vivían solas, aunque ella no se sentía preparada para eso.

En cualquier caso, estaba adelantándose demasiado a los acontecimientos. Nadie sabe si quiere casarse con alguien después de pasar tan solo una hora en su compañía. Por alguna razón, sus ojos se dirigieron al señor Tilton.

Lord Tilton. El hijo de un duque. Todavía le costaba asimilarlo. ¡Era tan despreocupado y atrevido! ¿No eran los caballeros con título gente sobria, codiciosa y estoica? Así lo habían sido en su experiencia, al menos hasta ahora.

—¿Cómo es que traes una acompañante aquí pero anoche acudiste sola al baile de los

Colson? —preguntó Dominic.

A ella le gustaba su nombre, le sentaba bien. Y él tenía razón, aunque no lo aceptaría en voz alta: preocuparse por lo inapropiado de usar su nombre de pila era una tontería.

—Kate estaba cansada por el viaje —respondió—. Ella ha... bueno, no lo ha pasado muy bien en casa, antes de venir aquí. Quiero que descanse y se relaje. Si prefiere dormir en lugar de asistir a bailes y fiestas, que así sea. Se merece hacer lo que le plazca, que alguien cuide de ella por una vez, como ella cuidó de mí cuando nadie más lo hacía.

Se quedó inmóvil al darse cuenta de lo que acababa de decir y sintió que él se ponía tenso. Le echó una rápida mirada y se sorprendió al ver la rabia que reflejaban sus facciones, pero esta se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, y se preguntó si no se lo había imaginado todo.

—Yo... —Dominic parecía tener dificultades para encontrar las palabras, aunque a ella no le había parecido ese tipo de hombre—. Emmaline, no fingiré desconocer la reputación de tu marido. Y yo...

—No lo hagas —lo interrumpió bruscamente.

No quería oír lo que estaba a punto de decir. No quería que aquella hermosa mañana se viera empañada por aquel horrible hombre, no quería su fantasma rondando el presente.

—Yo no... Es decir, no puedo...

No acabó la frase y se hizo un silencio incómodo. Él no hablaba, no se movía, tan solo se detuvo y se quedó allí de pie. Emmaline se quedó mirándose los pies que le asomaban debajo de la falda. No quería ver el desagrado o, peor aún, la lástima que seguramente habría en su rostro.

Pero entonces él la cogió de la barbilla y no tuvo más remedio que mirarlo. La examinó durante lo que pareció una eternidad.

—No quieres hablar de eso. —Ella asintió—. Pero tengo una pregunta muy importante, y antes de seguir adelante, me temo que necesito una respuesta.

A Emmaline se le formó un nudo en la garganta, pero comprendió que él no iba a dejar el tema.

—De acuerdo. —Exhaló con fuerza y se preparó para lo que viniera—. ¿Cuál es la pregunta?

Él se veía muy serio y sus nervios empezaron a agudizarse, pero entonces su expresión se transformó en una sonrisa lúdica.

—¿Cuál es tu sabor de helado favorito?

CAPÍTULO OCHO

Emmaline miró asombrada a Kate, que estaba ruborizada por algo que le decía el señor Philips. Desde el otro lado de la mesa no podía oír la conversación, pero su amiga parecía tan prendada de él como él de ella.

—Creo que podríamos estar asistiendo al comienzo de una historia de amor —le susurró Dominic en voz baja al oído, poniéndole la piel de gallina a lo largo del cuello.

Apenas podía respirar sentada a su lado. Cada vez que él se movía, sentía el roce de su muslo; con cada bocado del helado que él le había comprado —de limón, su favorito—, sentía su penetrante mirada clavada en ella.

La conversación entre Kate y el señor Philips parecía fluida y distendida. Era algo bonito de ver. Él no parecía tener ningún deseo oscuro, insidioso o perverso hacia ella cada vez que la miraba.

Dominic levantó la mano y le acarició el brazo con un dedo recio y firme. Emmaline tragó saliva para superar el repentino nudo que se le hizo en la garganta mientras intentaba ignorar los efectos de su proximidad, pero era inútil.

—¿Tienes frío, Diosa? —le preguntó en voz baja, pero en su voz había cierto matiz que revelaba que sabía exactamente lo que le provocaba con su caricia, ¡el muy canalla!

—En absoluto —respondió ella con rigidez—. Solo pensaba.

Su respuesta ni siquiera tenía sentido, pero él estaba demasiado cerca, su perfume era demasiado potente para poder formar frases coherentes.

—¿Y en qué pensabas?

¿Por qué una frase tan inocua sonaba tan provocativa viniendo de su boca? Lejos de sentir frío, estaba ardiendo.

—Nada en especial —consiguió vocalizar.

—¿Te gustaría saber lo que estoy pensando yo?

Emmaline temía que si abría la boca le suplicaría que volviera a besarla, así que asintió y se giró para mirarlo. Sus labios estaban tan solo a unos centímetros.

—Estoy pensando en lo increíble que sabías anoche y en las ganas que tengo de volver a besarte.

El corazón se le detuvo en el pecho y después se aceleró descontroladamente. Emmaline necesitó de toda su voluntad para no salvar la distancia que los separaba. De hecho, se inclinó un poco más hacia él. Sus ojos brillaban con una llama color esmeralda y pensó que tal vez lo hiciera, que la besaría a la vista de todos los que pasaban por allí.

—¡Dom, querido! ¡Qué maravilla volver a verte! Te he echado de menos.

Una voz femenina cargada de ponzoña azucarada sonó detrás de ellos. Emmaline notó el sobresalto de Dominic y oyó el juramento que soltó por lo bajo antes de ponerse de pie e inclinarse levemente.

—Enola. Te ves bien.

El señor Philips también se puso de pie, como dictaban los buenos modales, pero no parecía muy contento con la recién llegada.

Los ojos de Kate se abrieron de par en par y luego se entornaron al observar la escena. A Emmaline le resultaba muy incómodo girar la cabeza para verla, pero algo en el rostro de Kate le decía que debía hacerlo.

Se volvió en su asiento y se le encogió el estómago al ver a la despampanante rubia que la miraba fijamente. La mujer iba impecablemente vestida de un azul intenso, que combinaba a la perfección con su cabello dorado y sus grandes ojos azules. A su lado, Emmaline se sentía opacada, una versión descolorida y menos vibrante de la feminidad.

Tragó saliva ante la malicia que había en la mirada de la mujer y volvió a hacerlo cuando vio que estaba agarrando a Dominic por el brazo como si le perteneciera.

—¿A quién tenemos aquí?

Su voz era como la miel avinagrada.

Dominic resopló, claramente contrariado por tener que hacer las presentaciones.

—Lady Stretham, le presento a lady Enola Chambers. Enola, lady Stretham y su acompañante, la señorita Cole.

—Encantada —dijo Emmaline amablemente.

Fue del todo ignorada por la mujer, que le dio la espalda de inmediato. Al otro lado de la mesa oyó a Kate exclamar ante la afrenta y rezó para que su combativa amiga consiguiera mantener la compostura.

—Dom, hacía siglos que no te veía.

—Hay una razón para ello —respondió él fríamente—. Una razón que creo haber explicado bastante bien en mi nota.

Los ojos de la rubia centellearon. Emmaline sintió de pronto la necesidad de salir de allí.

—Se está haciendo tarde, Kate. Deberíamos volver.

Al percibir la angustia en la mirada de Emmaline, Kate se incorporó de un salto y se apresuró a rodear la mesa para estrechar su brazo en señal de solidaridad.

—Sí, tenemos mucho que hacer.

Kate hizo una rápida reverencia y tiró del brazo de Emmaline hasta que ella hizo lo mismo.

—Buenos días, lord Tilton, señor Philips. Buenos días lady Chambers —saludó Emmaline.

Antes de que pudiera siquiera tomar aire, ya estaban fuera, bajo el sol cegador.

—¡Ha sido impresionante! —se rio mientras Kate la apremiaba—. No sé cómo has conseguido sacarnos de allí tan rápido.

—Esa mujer quería sangre —respondió Kate con rotundidad—. Y tú eres demasiado amable, Emmaline. Te habrías quedado ahí parada y habrías dejado que te clavara sus garras.

—¡Lady Stretham!

La inconfundible voz era la de Dominic y Emmaline se detuvo. Cuando se dio la vuelta, él corría hacia ellas. Por detrás de su hombro pudo ver a lady Chambers con el ceño fruncido en la puerta de la tetería, mirando a Dominic con los ojos entornados.

—¡Por Dios! ¿Le pagas extra a Kate por las evasiones relámpago? —preguntó, dirigiendo la mirada a su amiga, que se limitó a enarcar una ceja como respuesta.

—No creí que milady tuviera ninguna necesidad de exponerse a lo que estuviera a punto de ocurrir entre usted y su amiga —respondió Kate sin sentirse intimidada.

A Emmaline le habría encantado tener solo una pizca de su valor.

Dominic miró hacia atrás y masculló otra maldición, que parecía no tener reparo en pronunciar frente a compañía femenina.

—Créame, esa amistad está clara y definitivamente acabada.

Emmaline los miró a ambos como si fuera una espectadora de su propia historia. Aunque apreciaba la actitud protectora de Kate y se sentía más aliviada de lo que debería porque no hubiera nada entre Dominic y lady Chambers, no le gustaba que hablaran en código entre ellos como si ella fuera demasiado inocente para entenderlo. ¡Había estado casada, por el amor de

Dios! Y aunque nadie podría decir que fue un buen matrimonio, había existido. Sabía exactamente de qué tipo de *amistad* se trataba. ¿No había estado ella misma deseando tener una amistad así con él?

—Por fascinante que sea esta conversación, realmente debo seguir con mi jornada, lord Tilton. —dijo Emmaline—. De modo que si nos disculpa...

Él la miró sorprendido primero, pero luego se dibujó una gran sonrisa en sus labios. En lugar de sentirse insultado por su descortesía, parecía encantado con ella.

—Ahí está —dijo en voz baja.

—¿Ahí está qué? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—El fuego. Empezaba a desanimarme pensando que me lo había imaginado. —Ella no pudo más que mirarlo atónita al tiempo que una extraña sensación de placer la recorría al oír sus palabras—. Ven al teatro conmigo esta noche.

—Yo...

—Por favor, Diosa.

—¿Para qué?

—¡Pues para ver un espectáculo!

Ella frunció el ceño ante su sarcasmo.

—Sí, pero ¿por qué yo? ¿Por qué no llevas a lady Chambers?

—Porque, Diosa, solo una mujer me ha desvelado toda la noche, soñando con lo que sentí al tenerla entre mis brazos, y esa no era lady Chambers. —Tomó su mano y la besó suavemente, guiñándole un ojo con descaro—. Te recojo a las ocho.

Emmaline detestaba sentirse tan atraída por su arrogancia, odiaba que le sedujera tanto un ligón desvergonzado. Sabía que se estaba metiendo en problemas con alguien como él, lo más seguro sería rechazarlo y encontrar a un hombre más tranquilo, menos apabullante, con quien tener una aventura. Comprendió que Dominic Tilton tenía un verdadero poder sobre ella, aun más que aquellos hombres que la habían controlado en el pasado, pero esta vez sería sometida por su propia atracción y eso era mucho más peligroso todavía.

Abrió la boca para negarse, pero antes de poder pronunciar palabra, él se acercó y le habló al oído, provocándole todo tipo de sensaciones impúdicas.

—No te niegues. Piensa en el pobre George y en la señorita Cole. No vas a interponerte en el camino de ese floreciente romance, ¿verdad?

¿Qué podía responder a eso? Si se negaba a acudir, se sentiría terriblemente culpable por impedir que Kate llegara a conocer a un caballero que parecía gustarle. Él adivinó su respuesta en la expresión de su rostro, si es que la sonrisa de satisfacción que esbozó era un indicio.

—Hasta entonces, Diosa —dijo antes de marcharse en dirección contraria a lady Chambers.

CAPÍTULO NUEVE

Horas más tarde, sentado junto a Emmaline, Dominic se maldecía a sí mismo por haber sido tan imbécil. El teatro estaba lleno, tal como sabía que estaría, y la presencia de la muchacha en su palco estaba causando gran revuelo.

No era solo que la joven viuda de Stretham se mostrase por fin en público, sino que además había caído en las garras de Dominic.

Ninguna mujer que él conociera había sufrido nunca por su culpa, todo había sido siempre consensuado y de mutuo beneficio; pero, como es natural, las cotillas mojigatas de la alta sociedad no sabían nada de eso. Los periódicos llenaban sus páginas con habladurías sobre sus andanzas sin ocultar su identidad, y tampoco solían molestarse en ocultar la identidad de las damas en cuestión.

Bailarinas, cantantes de ópera, actrices... Todas estaban en el punto de mira. Con las mujeres de la nobleza, al menos, tenían la cortesía de publicar solo sus iniciales, y eso era lo que probablemente ocurriría con Emmaline al día siguiente.

No sabía en qué había estado pensando al traerla a un sitio tan concurrido y en plena temporada.

Los murmullos no habían cesado desde que llegaron al palco y apenas podía contener el impulso de echarle su capa encima para protegerla de las ávidas miradas.

El problema no era que estuviera en compañía de una mujer, sino que todo parecía demasiado *civilizado*, cualquiera podría pensar que la estaba cortejando y no era así, desde luego. Eso era lo último que quería. Su objetivo era acostarse con ella, no cortejarla.

Sin embargo, allí estaba, a la vista de todos, acompañándola al teatro, y ni siquiera podía explicarse a sí mismo por qué lo hacía.

Había odiado que Enola los interrumpiera aquella mañana, que Emmaline se sintiera tan incómoda, que oliera tan bien y se viera tan hermosa y no haber podido tocarla. Fue por eso que la invitación al teatro se le escapó de los labios sin pensarlo. Estaba desesperado por pasar más tiempo con ella, necesitaba verla de nuevo.

Cuando vio que estaba a punto de rechazarlo, se aprovechó de su fibra sensible y su evidente naturaleza bondadosa para hacer que aceptara.

Dom recorrió con la mirada la rebotante sala y vio cómo todos y cada uno de los ojos masculinos se clavaban en Emmaline. Se puso tan celoso que los hubiera dejado ciegos a todos allí mismo si pudiera.

¡Aquello era demencial! Sin embargo, sabía bien que algo así ocurriría, en el fondo lo sabía. Entonces... ¿por qué lo hacía? Aunque era cierto que George estaba prendado de la señorita Cole, él no era tan altruista como para acompañar a una dama solo por ayudar a un amigo.

¿Era porque quería que la gente supiera que estaba con él? ¿Era para que todos esos canallas que salivaban por ella mantuvieran las distancias? La verdad era que sí, al menos en parte. Apenas la conocía, pero la vigilaba celosamente. Solo la había besado, pero la idea de que alguien más lo hiciera lo ponía furioso.

Y lo que era peor, la idea de tratarla como a cualquiera de sus otras parejas sexuales le repelía. Tal vez estuviera perdiendo la cabeza, pero pensar en comportarse con Emmaline como con una cortesana cualquiera lo ponía enfermo.

Aunque fuera una viuda, ella era muy joven y poco experimentada, y por lo que había oído

sobre aquel viejo bastardo al que la habían entregado, no habría aprendido mucho sobre el arte amatorio. Esto era lo más cerca que había estado nunca de interesarse por una muchacha inocente.

Lo mejor habría sido acabar con todo aquello, pero, en lugar de eso, la persiguió como un tonto enamorado, y a considerar por los celos que sentía, seguía actuando como tal.

—¿Estás disfrutando del teatro, Diosa?

Ella lo miró con sus ojos azul grisáceo y él sintió una descarga en el corazón. Eran tan deslumbrantes como el resto de ella.

Llevaba un vestido de satén azul hielo, con pendientes y gargantilla de zafiro haciendo juego. No pudo evitar imaginarla en su cama luciendo aquellas gemas y nada más.

—No lo sé —respondió ella con una sinceridad entrañable—. Me siento como si fuera yo la que estuviera en el escenario.

Dom sintió una punzada de remordimiento. Si la miraban así, era todo por culpa de su reputación.

—No es por ti —le susurró—. Se sentaron detrás de George y Kate, que no se habían despegado el uno del otro desde el momento en que entraron en el palco—. Soy yo, o, más bien, el hecho de que estés conmigo. —Ella enarcó una ceja—. No tengo precisamente la mejor de las reputaciones aquí en Londres —dijo con lo que esperaba que fuera un tono seductor.

En lugar de disgustarse, ella se echó a reír, y el sonido de su risa, ligero y dulce, le pareció más cautivador de lo que debería.

—No me sorprende en absoluto oír eso —dijo Emmaline sacudiendo la cabeza—. Y supongo que todos saben quién era mi marido también.

En sus ojos se reflejó por un momento algo parecido al pánico, pero un instante después parpadeó y alzó la barbilla. Dom casi podía oír sus pensamientos, negándose a ceder ante cualquier mal recuerdo que intentara apoderarse de ella.

—Habrán oído rumores —respondió él gentilmente—. Al igual que yo.

Emmaline asintió. Una parte de él quería que la conversación volviera a tomar el anterior tono de flirteo, pero otra parte, una que ni siquiera sabía que existía, quería ahondar más. Quería saberlo todo sobre aquella fascinante criatura, lo bueno y lo malo. Quería conocer todo lo que la atormentaba y quería ayudarla. Era la sensación más extraña e incómoda que había sentido en su vida; sin embargo, tenía la impresión de que podía ser también la más maravillosa.

Lo estaba volviendo loco.

—Bueno —dijo ella en voz baja pero firme—, supongo que esa atención disminuirá cuando se den cuenta de lo poco interesante que soy.

—Puede que aún no te conozca bien, Diosa, pero eres de todo menos poco interesante.

Su rubor era algo precioso. Dom se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer que fuera tan inocente como para sonrojarse, y también se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos eso. O tal vez era solo porque era ella.

El sonido de las primeras notas de la orquesta dio comienzo a la función y por fin la atención del público se dirigió al escenario y a los actores que lo ocupaban. Pero no la de Dom, él no podía apartar los ojos de Emmaline, no podía evitar arrimarse a ella solo para dejarse envolver por su aroma a madreselva.

Cuando a la señorita Cole se le cayó el abanico y George prácticamente se lanzó al suelo para recogerlo, Emmaline se volteó para compartir con él una sonrisa de complicidad y él aprovechó la oportunidad para apartarle un mechón suelto de la mejilla y deslizar los dedos por su cuello el tiempo suficiente para notar su pulso agitado.

Siguió con los ojos el recorrido de su dedo antes de dirigir la mirada otra vez hacia su rostro. Sus mejillas estaban sonrosadas, sus ojos abiertos y brillantes y su boca ligeramente entreabierta.

¡Demonios! Nunca había estado cerca de hacer el ridículo en público como ahora.

Le quitó la mano del cuello y la deslizó por el respaldo de la silla, incapaz de poner distancia entre ellos. Con el pulgar encontró un resquicio de su piel entre la manga y el extremo de sus guantes de satén blanco y la acarició, percibiendo cómo su roce le erizaba el vello.

Su miembro masculino se estremeció al comprobar que ella parecía tan atraída por él como él por ella y su corazón palpitó con fuerza en respuesta. No sabía qué era ese poder que esa muchacha ejercía sobre él, pero era adictivo.

Bastó un ligero suspiro de sus labios para perder el autocontrol y se acercó a ella, llevando los labios a su oreja.

—No tienes la menor idea de lo que me provoca el mero hecho de estar en la misma habitación que tú —le confesó antes de morderle suavemente el lóbulo.

Su exclamación de placer lo obligó a cerrar el puño para contener la tentación de ir más allá.

No había transcurrido ni un cuarto del primer acto y supo que no podría resistir la obra completa. Bajó la mano hasta que sus dedos rozaron la línea de su escote y gruñó al sentir la suavidad de su cálida piel.

Necesitaba huir de ella y necesitaba enterrarse en ella antes de estallar de deseo. Emmalineladeó la cabeza y se apoyó en su antebrazo, su respiración era cada vez más agitada y él no pudo resistir el impulso de mordisquear la piel descubierta de su cuello.

Aquello rayaba la locura. Había seducido a muchas mujeres en su vida, pero nunca en un teatro, a la vista de todos y con dos personas a pocos centímetros de donde estaban sentados.

No le importaba lo que pensara nadie, excepto Emmaline. La mera idea de que se sintiera abrumada por algo que hiciera él le dio el valor para apartarse, aunque fuese a regañadientes. Se controlaría aunque le fuera la vida en ello.

Retiró el brazo de sus hombros, cerró los ojos e inspiró profundamente para disfrutar de una tranquila velada de teatro. Ya habría tiempo de sobra para deleitarse con la mujer que tenía a su lado, pero iría más despacio si era lo que ella necesitaba.

Al volver a abrir los ojos, se dio cuenta de que ella lo miraba fijamente. Abrió la boca para disculparse, para asegurarle que se comportaría, pero ella se le adelantó. Tenía el rostro enrojecido y la respiración acelerada.

—Quiero irme —le dijo estrechando su mano—. Quiero irme contigo.

CAPÍTULO DIEZ

Emmaline se sentía embriagada por el deseo, pero no se arrepentía de haberle hecho esa proposición al lobo. Tal vez no había sido tan elegante como le hubiera gustado, pero, francamente, apenas era capaz de hilvanar una frase coherente.

Ya hacía un año que se debatía entre llevar una vida tranquila, sola y alejada de todo peligro, o intentar disfrutar de algunas de las experiencias que se había perdido por estar atrapada con Stretham.

Incluso la noche anterior y aquella misma mañana se había sentido indecisa sobre si debía o no dejarse llevar por la atracción que sentía por lord Tilton, pero con la más ligera de sus caricias, con la mera sensación de sus labios sobre su piel, se había disuelto cualquier resistencia hasta dejarla completamente rendida a sus pies.

—Tú... —Él pareció haberse quedado sin palabras y ella se sintió un poco orgullosa por saber que podía provocar ese efecto—. ¿Estás segura?

¿Estaba segura? Se mordió el labio y miró a Kate, que tenía la cabeza inclinada hacia el señor Philips, y luego miró el abarrotado auditorio. ¿La verían todos marcharse y sabrían lo que iban a hacer? ¿Comprendería Kate que se fuera sin ella para quedarse a solas con Dominic?

Pero entonces volvió a mirarlo a él. Vio el brillo de lujuria en sus ojos y lo supo. Nunca había estado tan segura de nada en toda su vida.

—Sí —susurró, hechizada por el fuego de su mirada.

Sin decir nada más, Dominic tocó en el hombro de su amigo.

—Lady Stretham no se encuentra bien, voy a llevarla a casa. Enviaré otro carruaje para ti y la señorita Cole.

Kate se dio la vuelta con los ojos muy abiertos y miró a Emmaline, que se revolvió en su asiento bajo el intenso escrutinio de su amiga, pero entonces sus labios se curvaron en una ligera sonrisa y gesticuló con los labios «¡Bien por ti!» de una manera tan obvia que la hizo sonrojarse.

Dominic se rio por lo bajo y tuvo el caballeroso gesto de simular no haberse dado cuenta de nada.

—¿Estarás bien? —le susurró Emmaline mientras Dominic iba a buscar su capa.

—Estaré perfectamente —respondió Kate, y Emmaline se dio cuenta de que su amiga también estaba algo ruborizada—. Y quiero saber todos los detalles escandalosos mañana.

—Si alguien pregunta... —empezó a decir Emmaline, pero Kate sacudió la cabeza.

—Debí insistir en que se quedara en casa cuando mencionó ese dolor de cabeza, milady —pronunció en voz alta para que se la oyera desde el palco contiguo—. Muchas gracias por permitirme quedarme a ver la función. Es usted muy amable.

Emmaline sonrió satisfecha. Le pareció que Kate había sobreactuado un poco, pero al menos le había dado una excusa ante cualquiera que pudiera estar curioseando.

Sintió un cosquilleo en la columna que le dijo que Dominic había regresado y se dio la vuelta. Él estaba observándola del mismo modo que lo había hecho el lobo la noche anterior.

—¿Nos vamos? —le preguntó con esa voz grave que le erizaba la piel.

No se atrevió a decir nada, se limitó a asentir, esperando que el coraje no le faltara ahora que había decidido saltar al vacío.

Dominic llevó su mano a la parte baja de su espalda e inclinó la cabeza hacia sus amigos en señal de saludo.

Ninguno de los dos habló mientras él la guiaba fuera a toda prisa y sin quitarle la mano de encima, como si temiera que pudiera escaparse. Pero huir era lo último que se le pasaba a Emmaline por la cabeza en ese momento. El carruaje negro los esperaba al pie de la escalinata del teatro cuando salieron y Dominic la ayudó a subir con toda delicadeza, como si estuviera hecha de porcelana.

Ella se sentó en el banco de terciopelo y felpa frente a él y lo vio correr las cortinas en silencio, sumiéndolos a ambos en la oscuridad, antes de golpear el techo para indicarle al conductor que se pusiera en marcha. Durante todo aquel tiempo se limitó a observarlo, con el corazón desbocado y el estómago revuelto por el oscuro e insidioso deseo que él despertaba en su interior.

Finalmente, él se acomodó en su asiento y se quedó mirándola fijamente también.

Emmaline estuvo a punto de preguntarle si le sucedía algo malo cuando él sacudió la cabeza de pronto como si despertara de un sopor.

—Eres preciosa —le dijo. Sus palabras eran sinceras—. Ven conmigo.

Ella miró el espacio libre que había a su lado y frunció el ceño; él lo ocupaba casi todo con su imponente constitución y dudaba que pudiera caber allí.

Sonriendo ante su expresión, Dominic la levantó de su asiento como si no pesara nada y la sentó firmemente en su regazo. Ella jadeó sorprendida y en un instante los labios de él estaban sobre los suyos, hambrientos y ávidos.

De golpe, la llama de deseo que había ardido dentro de ella toda la noche se desató en un incendio que abrasó su cuerpo. Todo pensamiento se esfumó de su mente y se dejó llevar solo por sus sentimientos y su instinto. Cuando él le pasó la lengua por la comisura de los labios, exigiéndole entrar, ella obedeció gustosa. Él la besó con pasión voraz, introduciendo las manos por debajo del vestido y abrasándole la piel con cada caricia.

Emmaline estaba fuera de sí, consumida por el deseo, desesperada por que él aliviara ese punzante anhelo en su interior. Sin saber lo que hacía, se estrechó más contra su rígida erección y gimió cuando él empujó con sus caderas y la tocó en el sitio preciso. Incluso a través de la ropa, sintió una descarga de placer tan intensa que le hizo gritar su nombre.

¡Oh, Dios! ¡Eres tan perfecta! —gruñó él contra sus labios.

Su voz sonaba tan desesperada como desesperada se sentía ella.

Aferró sus caderas y la alzó una vez más para acomodarla a horcajadas sobre su regazo. Al sentirlo, sólido como una roca y perfectamente ceñido contra su cuerpo, Emmaline jadeó y él volvió a besarla, enredando su lengua con la de ella mientras le soltaba el pelo, haciendo volar las horquillas y desparramando sus bucles sobre su espalda.

—Por favor... —susurró ella—. Necesito...

—¿Qué necesitas, Diosa? —preguntó él mientras sus labios se abrían camino a su cuello y sus manos se afanaban en desabrochar la capa, que estuvo en el suelo en cuestión de segundos.

Después se dedicó a soltar uno a uno los botones del vestido.

—Dímelo y lo tendrás. Estoy completamente a tu disposición.

No se le ocurrió que él pudiera hacerle esa pregunta. Emmaline se echó hacia atrás, de pronto insegura. Su mirada la penetraba hasta el alma, con esos ojos de puro fuego esmeralda. Quería decirle lo que necesitaba, pero ni siquiera sabía qué era; y aunque lo supiera, no sabía cómo expresarlo.

—No... No estoy segura —murmuró. La vergüenza le hizo agachar la mirada—. Yo nunca he... Es decir, yo no... —Se interrumpió, abochornada e incómoda.

¿En qué había estado pensando? ¿Por qué un hombre tan desenvuelto y experimentado

como Dominic Tilton perdería el tiempo con una mujer que era poco más que una virgen? De improviso, el recuerdo de las crueles burlas de su marido afloró en su mente. Él le decía que estaba muerta por dentro, que era una fracasada que no podía darle hijos, que era una decepción sin remedio.

Ella creía que la razón de su rechazo hacia él se debía a que era un ser grotesco; que el alivio que sentía cuando él se desahogaba con criadas o amantes era porque aquel hombre le repugnaba. Pero ¿y si realmente había algo malo en ella?, ¿algo que la hacía incapaz de tener relaciones amorosas?

El silencio se tornó cada vez más angustioso hasta que Dominic le levantó la barbilla y acarició su mejilla.

—¿No sabes qué es lo que te complace? —le preguntó con dulzura.

Ella esperaba a encontrar compasión en sus ojos, pero se sintió aliviada al ver que no era así. Podía soportar casi cualquier cosa, pero no la compasión.

Sin decir nada, negó con la cabeza. ¿La rechazaría ahora? ¿Creería que no merecía la pena? No era una ingenua, había leído los periódicos de esa misma mañana acerca de sus andanzas amorosas. Tenía a casi todas las mujeres de Londres a sus pies, no necesitaba desperdiciar su tiempo con ella.

Inspiró profundamente y se preparó para ser rechazada, pero justo cuando creyó que iba a decirle que la llevaría a su casa para deshacerse de ella, en sus labios se dibujó otra vez esa sonrisa lobuna.

—Bueno... —dijo con los ojos centelleantes—. Tendremos que averiguarlo, ¿no crees?



Dominic hizo un enorme esfuerzo para contenerse tras esa confesión. Al contrario de lo que pensaba Emmaline, a él no le parecía algo vergonzoso ser una inexperta, al contrario, le parecía el afrodisíaco más poderoso de la tierra ser el primer hombre en darle placer.

Pensar que sería el primero en verla entregada, que serían *sus* manos y *su* boca los que exprimirían hasta la última gota de gozo de su cuerpo, era suficiente para volverlo loco.

Tenía que calmarse y evitar perder el poco autocontrol que le quedaba o acabaría levantándole allí mismo las faldas. No quería estropear aquello haciéndola suya con prisas en un carruaje. No. Se tomaría su tiempo, descubriría cada una de sus curvas, saborearía cada centímetro de su piel.

—¿Por dónde empezamos? —susurró él acariciándole el cuello—. Ya sé que tu boca sabe deliciosa. —Le dio un beso rápido y apretado en los labios—. Y ya sé que tu piel huele a gloria. —Le recorrió el cuello con la punta de la nariz, subiendo y bajando hasta que ella se estremeció—. Creo que es hora de conocer el resto de ti.

—Es una buena idea —respondió ella sin aliento, arrancándole una risa.

Era encantadora. Dominic se sobresaltó al comprender cuánto le gustaba aquella muchacha. No solo quería acostarse con ella, le gustaba su forma de ser también. Algo nuevo para él.

Ella enredó los dedos en su pelo y tiró suavemente, y eso bastó para que dejara de pensar y pasar a la acción. Volvió a capturar sus labios entre los suyos y se apresuró a desabrochar el resto de los botones del vestido, resistiendo el impulso de arrancárselo de un tirón. Ya llegaría el día en que pudiera hacerlo, pero no sería esta noche.

Cuando el último botón cedió, interrumpió el beso para bajarle la prenda por los hombros. No podía hacer mucho en un espacio tan reducido, pero le bastó con tirar del vestido hasta liberar

sus pechos.

Se echó un poco atrás para contemplarla, con su pelo alborotado y la ropa desarreglada, y solo pudo sacudir la cabeza con asombro. Tenerla en sus brazos era un regalo y se aseguraría de corresponderle.

Le agarró el pelo por la nuca y tiró hacia atrás para que su espalda se arqueara, dándole acceso a su maravillosa piel desnuda. La besó desde la clavícula hasta el pecho, y solo se llevó un pezón a la boca cuando ella se lo suplicó temblando. El primer bocado fue exquisito, al igual que sus gemidos. Mordisqueó un pezón y luego lo alivió con la lengua antes de pasar al otro para dedicarle la misma atención.

Sus contorsiones lo estaban distrayendo, pero verla así de entregada a él era demasiado bueno para detenerse. Con su mano libre cogió sus faldas y las apartó bruscamente. La tenía completamente a su merced y era la cosa más perversamente deliciosa que había visto en su vida.

Pasó la mano por el suave material de las medias hasta tocar la piel desnuda, cálida, suave y perfecta. Se detuvo un tortuoso minuto en el muslo antes de avanzar hacia la entrepierna.

Fue entonces cuando sintió que ella se ponía rígida, todos sus movimientos, incluso su respiración, se detuvieron. Durante un instante, lo invadió una rabia infinita. Alguien había provocado que tuviera esa reacción ante la intimidad y ese alguien estaba muerto, ni siquiera podía dispararle entre los ojos por ello.

Apartó la boca de sus pechos y la miró a los ojos.

—Diosa —susurró—, si quieres que pare, pararé; pero si confías en mí, permite que te dé placer.

Él se mantuvo inmóvil, luchando contra todo instinto de continuar, y esperó a que ella tomara su decisión. Lo decía en serio, si se lo pedía, se detendría.

Pero ¿y si decidía confiar en él? La cálida sensación que se encendió en su corazón era tan insólita como aterradora. No quería que esto significara tanto para él, pero así era.

El silencio le pareció eterno, pero entonces lo vio: una levísima señal de asentimiento. El alivio que sintió fue tangible, pero necesitaba estar seguro.

—Dilo —le exigió—. Dime lo que quieres.

Sus mejillas se sonrojaron adorablemente, considerando que estaba a horcajadas sobre él y semidesnuda en un carruaje a oscuras.

—Quiero que... que hagas lo que tú quieras.

Sus palabras lo golpearon como un rayo y sus caderas se movieron por sí solas mientras su fuerza de voluntad flaqueaba. *No habla en serio*, se dijo a sí mismo. *Es demasiado inocente para entender lo que dice.*

Aquello lo había puesto decididamente a prueba. No pudo reprimir una sonrisa rapaz.

—Oh... Lo haré, cariño, créeme, pero ahora se trata de ti.

El gesto de confusión de Emmaline fue tan adorable que se ganó un beso rápido. Pero ya habían hablado demasiado. Sin decir más, Dominic buscó entre sus piernas el punto sensible y presionó con el pulgar donde sabía que le haría perder la cabeza. Sus ojos se abrieron de par en par y se estremeció; entonces él deslizó un dedo dentro de sus resbaladizos pliegues. Ambos gimieron al unísono al sentir cómo ella, apretada y caliente, se cerraba en torno a él.

Ella era tan sensible que Dom estaba a punto de llegar al clímax y ni siquiera lo había tocado aún. Movié el pulgar en círculos para que se habituara antes de deslizar otro dedo en su interior. Los suspiros se convirtieron en gemidos, las súplicas en clamores. Dom siguió hasta llevarla al éxtasis y ella estalló, gritó su nombre y cabalgó sobre su mano hasta que las convulsiones empezaron a apaciguarse. Era lo más bello que había visto nunca.

Cuando su respiración agitada por fin se hizo más pausada, él retiró la mano. El corazón le tronaba cuando ella se dejó caer sobre su pecho, tan pequeña y confiada, oliendo como un prado en verano.

El alma se le contrajo ante su dulce vulnerabilidad, ante el placer de tenerla allí. Ella exhaló un profundo suspiro y su aliento le hizo cosquillas en el cuello.

—Gracias —susurró, y él rio suavemente.

—El placer fue todo mío, Diosa. Créeme.

Pero ella no respondió. Dom miró hacia abajo y se le hizo un nudo en la garganta. Se había quedado dormida, allí mismo, entre sus brazos.

CAPÍTULO ONCE

Emmaline bostezó tan fuerte que le crujió la mandíbula. Eso era muy poco apropiado para una dama, pensó, y luego soltó una risita. Después de lo de la noche anterior, preocuparse por lo que era o no apropiado resultaba absurdo.

Se incorporó en la cama y apartó las mantas mientras se preguntaba a la fría luz del día si debería sentirse avergonzada. Pero no podía sentir vergüenza, estaba demasiado feliz.

La noche anterior, en el carruaje de Dominic, había sido algo transformador, jamás había experimentado nada parecido. No sabía que las cosas podían ser así entre un hombre y una mujer, ni que su cuerpo fuera capaz de sentir eso. Era por él, todo era gracias a Dominic.

Tal vez hubiera otros caballeros igualmente hábiles en el arte del placer; Según lady Wyndham y las otras viudas, había muchos, pero por lo que a ella respectaba, Dominic parecía hecho a su medida. Es más, la idea de hacerlo con cualquier otro no le atraía lo más mínimo.

Haberse encaprichado así de él era una tontería, ella era solo una más de todas las mujeres con las que él mantenía escandalosas relaciones. No debía olvidar lo que era: un canalla cuyo nombre estaba constantemente ligado al de múltiples mujeres.

Pero se dijo a sí misma que estaba a salvo, que no desarrollaría ningún sentimiento más allá de esto. El matrimonio le había enseñado a temer el hecho de pertenecer a un hombre. Disfrutaría de su compañía hasta que él se aburriera —ya que dudaba que ella se aburriera alguna vez— y, cuando llegara el momento, no dejaría que eso le doliera, se limitaría a vivir en plácida soledad.

Tal vez con Kate, tal vez no, si el señor Philips conquistaba el corazón de su amiga. Tendría sus recuerdos para hacerle compañía.

Un suave golpe en la puerta anunció la llegada de Lucy y Emmaline se incorporó de un salto, disponiéndose a lo que, sin duda, sería un interrogatorio exhaustivo. Después de todo, había sido Lucy quien la había recibido la noche anterior.

Dominic insistió en cargarla en brazos al interior de la casa. La había despertado con suaves besos sobre la sien y la mejilla. Ella ni siquiera se dio cuenta de que se había quedado dormida, estaba tan satisfecha y relajada que simplemente se dejó llevar por él.

Cuando el lacayo abrió la puerta, Emmaline se preocupó por los rumores que eso suscitaría, pero Dominic le aseguró que nadie diría ni una palabra y una brutal mirada al pobre muchacho fue suficiente para confirmar que las habladurías se mantendrían a raya.

Entonces apareció Lucy, cuyos ojos se abrieron como platos al contemplar la escena que tenía delante. Cuando Dominic se disponía a subir a Emmaline a su habitación, se plantó delante de él en señal de protesta silenciosa. Había sido algo muy valiente o muy insensato interponerse en su camino, pero Dominic sonrió levemente y Emmaline tuvo la impresión de que aprobaba la actitud de su aguerrida criada.

La dejó en su cama, le dio un beso en la cabeza y salió de la casa antes de que Emmaline se diera cuenta. Mientras Lucy la ayudaba a ponerse el camisón, le hizo prometer que le contaría todos los detalles de la noche después de un sueño reparador.

Al parecer, su criada ahora convertida en amiga, había venido a hacerle cumplir esa promesa.

La puerta se abrió de golpe dando paso no solo a Lucy, sino también Kate, que ya estaba vestida y con el pelo recogido. Emmaline miró con el ceño fruncido el reloj de la chimenea, sorprendida al ver que había dormido hasta tan tarde.

—¡Dios mío! ¡Es casi mediodía! —exclamó sobresaltada.

—Mmm... Anoche acabamos agotadas, ¿verdad?

Lucy y Kate compartieron una sonrisa divertida mientras Emmaline se esforzaba por que no se le encendieran las mejillas. Por supuesto, no lo consiguió.

—Milady, primero beba esto para reponer fuerzas y poder contarnos todo —le recomendó Lucy—. Y no se preocupe por Charlie, no solo lord Tilton le ha dado un susto de muerte, sino que está enamorado de mí y le he dicho que no diga ni una palabra. Sus labios están sellados.

—Gracias —dijo Emmaline sentidamente mientras cogía la taza.

Le dio un sorbo y suspiró mientras la dulzura del chocolate corría por sus venas. Aunque la noche anterior había estado demasiado aletargada y feliz como para preocuparse demasiado, a la luz del día comprendió que no quería que nadie hablara de ella. Si bien ser viuda le daba cierta libertad, no significaba que pudiera pasearse por ahí del brazo de hombres de dudosa reputación.

Kate se sentó en el borde de la cama y dejó el periódico de la mañana en su regazo, abierto por la página de escándalos.

¿Ha conquistado lord T. a la más misteriosa señora de la temporada? ¿O deberíamos decir señorita? Lady S. apenas se ha establecido en Londres, pero eso no ha impedido que nuestro apuesto granuja la sedujera. Si hay algo en lo que se puede confiar cuando se trata de él, es que nos da mucho de qué hablar cada vez que viene a la ciudad. Esperamos que lady S. sepa en lo que se está metiendo. Tras haber estado escondida en Irlanda todos estos años, no podemos dejar de temer que sea como un cordero en las garras del lobo.

Emmaline se quedó mirando el periódico sin saber cuál de las turbulentas emociones que la invadían era la peor. Todos sabrían que se trataba de ella, la habían visto en el teatro con Dominic.

Se le cerró el estómago, y el pánico y el nerviosismo —sus viejos enemigos— se apoderaron de ella.

—No te preocupes —la tranquilizó Kate adivinando su expresión—. Mañana estarán hablando de otra cosa.

Probablemente fuera cierto, pero no era solo que su nombre estuviera en esas páginas lo que hacía que su corazón palpitara dolorosamente.

Aunque acababa de convencerse de que no era más que algo pasajero, verlo allí, en negro sobre blanco... Saber que todo Londres también la creía solo una más de tantas sin importancia... Fue muy impactante.

—Supongo que esto viene con las ventajas de ser una Viuda Intrépida —murmuró con los ojos fijos en la página.

Una parte importante de ella, la que había sido educada para ser obediente y dócil, gritaba en su interior que rompiera todo lazo con Dom, que pusiera fin a lo que había entre ellos antes de que fuera a más; pero otra parte le susurraba al oído que él fue quien la hizo sentir viva por primera vez en su vida, quien le había enseñado que no estaba derrotada y que era algo más que un cuerpo inerte al que se podía utilizar.

Con él no hubo dolor, no hubo lágrimas, no tuvo que apretar los dientes y rezar para que todo acabase rápido. Al contrario, había rogado por más, lo había deseado y lo seguía deseando todo de él. Solo de él.

—Emmaline, puedes vivir para los demás o puedes hacerlo para ti. Créeme, como alguien que se ha pasado toda la vida sin ponerse nunca a sí misma en primer lugar, puedo decirte que más pronto que tarde se vuelve muy solitario.

Emmaline levantó la vista para contemplar los comprensivos ojos de Kate y supo que tenía razón. Huir ahora con el rabo entre las piernas no le serviría de nada. Quizás habría murmullos detrás de los abanicos y miradas suspicaces de mujeres que nunca habían conocido sus mismas penurias, pero también habría emoción y diversión, y una dicha que antes no imaginaba posible.

Dejando a un lado las emociones negativas, dobló el periódico y lo arrojó al suelo.

Dio una palmadita sobre la cama para indicarle a Lucy que se sentara. A esas alturas, su relación había ido mucho más allá de la de una dama y su criada.

—Muy bien. Supongo que debería empezar desde el momento en que salimos del teatro.



Los corredores del Museo Británico estaban frescos y felizmente vacíos. Parecía que Emmaline y Kate eran las dos únicas personas de Londres que querían pasar un día tan glorioso al aire libre.

Aquella mañana habían pasado más de dos horas hablando sobre la velada de Kate con el señor Philips y sonsacándole información a Emmaline. Kate y Lucy tuvieron que convencerla de que nada de lo que dijera sería demasiado escandaloso para sus oídos.

Lucy la vistió con un traje de paseo color limón pálido y le adornó el pelo con una cinta a juego. Mientras tanto, Kate pidió que les trajeran un almuerzo liviano. Tras el tentempié, decidieron que estaban demasiado ansiosas para quedarse sentadas esperando a ver si alguien las llamaba. Emmaline sugirió una visita al museo y Kate un paseo.

Caminaron en dirección a Hyde Park, pero el aire era tan sofocante y el parque estaba tan concurrido que a Emmaline le resultó claustrofóbico. Cuando insistió en ir al museo, Kate hizo una mueca, pero al final aceptó de buen grado. A Kate no le interesaba la historia tanto como a ella.

Recordó su conversación con Dominic sobre los clásicos la noche del baile de máscaras y no pudo evitar sonreír. Se preguntó si a él también le gustarían los museos.

—¿Estás reencontrándote con tus antiguas raíces?

Su inconfundible voz sonó detrás de ella y se giró tan rápido que se lastimó el cuello. Allí estaba él, tan apuesto que la dejó sin aliento. Cada vez que lo veía, se sorprendía de su impresionante atractivo.

—Hoy el parque estaba demasiado concurrido —respondió mientras escrutaba la habitación desierta en busca de Kate.

—Nos encontramos con la señorita Cole junto a los griegos —dijo él acercándose lentamente—. Por lo visto, no te has dado cuenta de que la habías dejado atrás. George la acompañó al salón de té, espero que no te importe cambiar su compañía por la mía.

El corazón se le encogió de emoción, pero se esforzó por aparentar una actitud despreocupada.

—En absoluto —respondió antes de volverse para mirar una estatua o, al menos, fingir que lo hacía.

Toda su atención estaba puesta en el hombre que tenía detrás.

No se dio cuenta de que se había acercado tanto a ella hasta que su aliento le acarició el cuello.

—Siento lo de los periódicos de esta mañana —le dijo con voz grave al oído—. Siempre espero que los cotillas se aburran de mí algún día, pero parece que nunca lo hacen.

Emmaline no podía culparlos, le resultaba imposible no sentirse fascinada por aquel

imponente hombre.

—Tal vez cuando dejes de darles razones... —respondió ella, aunque la voz le salió mucho menos segura de lo que le hubiera gustado.

Adiós a su intento de simular indiferencia.

Él se acercó todavía más y sintió todo su cuerpo, duro como una roca, contra su espalda.

—Dios... ¡Qué bien hueles! —gruñó, y le dio un rápido beso en el cuello—. ¿Te gustaría saber qué es lo que más me gusta de este museo en particular? —preguntó, tan pegado a ella que podía sentir el calor de su aliento sobre la piel.

¿Cómo esperaba que pudiera concebir un pensamiento y mucho menos formular una respuesta mientras le hacía eso? Asintió con la cabeza.

—Que está desierto y lleno de rincones oscuros y reservados —respondió él.

Antes de darse cuenta, la cogió de la mano y la llevó por un pasillo hasta uno de esos oscuros rincones.



Dominic no se lo pensó dos veces. Había pasado toda la noche pensando en su sabor y su perfume, y toda la mañana mordiendo las uñas mientras esperaba a que fuera una hora respetable para llamar a su puerta. Se le había cerrado el estómago al saber que no estaba en casa, pero entonces apareció su atrevida criada y le dijo que estarían en el parque o en el museo.

Recorrió el parque prácticamente corriendo mientras ignoraba a todos los que lo saludaban, y, al no encontrarla, se dirigió al museo. George lo seguía en silencio.

—Dom, ¿qué haces? —preguntó Emmaline en un susurro, pero él no contestó hasta que estuvieron resguardados donde nadie podía verlos.

—¿Qué crees que hago? —preguntó inmovilizándola contra la pared—. Te estoy enseñando lo mucho que te he echado de menos.

Antes de que ella pudiera rebatir, tomó su barbilla con una mano y la besó furiosamente. No hubo un lento y prolongado ascenso hacia el deseo, todo fue inmediato, intenso, ardiente.

Ella se rindió a sus brazos de inmediato y él no pudo refrenar la lujuria que lo invadía. Sería capaz de tomarla allí mismo, en ese mismo instante, si ella se lo permitía. Había perdido todo sentido de la prudencia y la sensatez.

Recorrió su cuerpo con las manos y la estrechó contra su miembro, engullendo sus gemidos con besos y metiendo la lengua en su boca. No era suficiente, ni de cerca.

En lo más profundo de su mente, Dom sabía que no podía penetrarla en medio del Museo Británico, pero necesitaba algo más, algo para aliviar ese tortuoso deseo.

No había nadie cerca. La habitación en la que estaban era raramente visitada, se notaba por el polvo y el aire enrarecido que allí se respiraba.

Aunque nunca había sido un exhibicionista, el aroma de madre selva asaltó sus sentidos, y cuando sintió su cuerpo suave y dócil apretado contra el suyo, decidió que aquel sitio era lo bastante privado.

Al separar sus labios de ella y mirarla, sintió una oleada de satisfacción viril al ver su expresión ligeramente aturdida. Él lo había provocado. Solo él. Ese pensamiento era casi tan excitante como la idea de volver a tocarla. Y de pronto tocarla no le pareció suficiente.

Sin dejar de mirarla a los ojos, se puso de rodillas. Ella abrió los ojos desconcertada y luego los entornó con recelo.

—¿Qué haces?

—Tus besos me saben mejor que nada que haya probado antes —susurró él—. Y sospecho que el resto de ti sabe igual de bien.

Ella parecía confusa.

—Después de todo, estamos en un sitio educativo —continuó diciendo mientras recogía sus faldas—. ¿Qué mejor lugar para probar mi teoría?

Ella se quedó mirándolo con desconcierto, y cuando no puso más objeciones, él hundió la cabeza entre sus piernas, sujetándole el vestido a la altura de las caderas.

—¡Dom!

Su voz sonó más fuerte ahora y más ansiosa al comprender lo que estaba a punto de hacer, pero cuando él posó la punta de la lengua en su punto más sensible, las quejas se convirtieron en un gemido que resonó en la habitación vacía.

Le agarró del pelo para atraerlo más cerca y él accedió encantado.

Sabía incluso mejor de lo que había imaginado y perdió toda noción del tiempo y la razón mientras se deleitaba con ella, alternando lamidos con suaves bocados. Oyó cómo su cabeza golpeteaba contra la pared detrás de ella y disfrutó de cada uno de sus gemidos ahogados, y cuando empezó a mover las caderas buscando satisfacción, soltó una mano y utilizó los dedos para hacerla llegar al hasta el límite.

Ella se convulsionó en torno a sus dedos, clamando por él y por Dios y por todo lo que se le ocurría, y él permaneció con ella, guiándola a través del éxtasis con los dedos y la lengua. Cuando por fin se hubo apaciguado, Dom se puso de pie, dolorosamente consciente de la tensión en sus pantalones.

La expresión de asombro que había en su rostro fue suficiente para que deseara ponerse de rodillas de nuevo, pero no quería tentar a la suerte. La primera vez había sido una imprudencia, hacerlo de nuevo sería demasiado peligroso y no quería ponerla en una situación en la que se sintiera avergonzada.

Hizo un ademán de apartarse cuando la pequeña mano de la joven sobre su pecho lo detuvo.

—Tú no... —empezó a decir, ruborizada hasta el cuello—. Quiero decir, nosotros no... ¿Tú no quieres...?

Se detuvo, pero él comprendió perfectamente a qué se refería.

—Claro que quiero —contestó—. Y voy a hacerlo. Vámonos.

CAPÍTULO DOCE

Emmaline se avergonzó de no haber tenido en cuenta a Kate ni haber pensado que alguien pudo verlos en el Museo. Solo podía pensar en Dom y en lo que le había producido tenerlo de rodillas frente a ella.

Había sentido un placer indescriptible. No sabía que un hombre podía hacer algo así, y ahora que lo sabía, quería más. Quería que él se lo enseñara todo, a pesar de los rumores de la gente, a pesar del riesgo que corría su corazón si seguía por ese camino.

Ardía de deseo y de satisfacción. Él era como una adicción que no creía que pudiera saciar nunca.

Salieron del museo a toda prisa. La tensión entre ambos parecía estar acercándose a un límite. Emmaline vio el carruaje que estaba detenido delante de ellos; le dirigió una mirada inquisitiva a Dom y sonrió al ver que él se encogió de hombros tímidamente.

—Esperaba encontrarme contigo y sabía que estaría demasiado impaciente para caminar —le dijo guiñándole un ojo.

Su corazón palpitó con más fuerza al oír esas palabras.

En cuestión de segundos, estaban los dos dentro del carruaje y ella otra vez sobre su regazo, con aquellos ávidos labios devorando su boca. Emmaline perdió la noción del tiempo en sus brazos, mientras su rígida longitud se apretaba contra su trasero y el corazón amenazaba con salirse del pecho.

Horas después el carruaje se detuvo.

—Hemos llegado —le informó Dom apartándola suavemente para abrir la puerta, sin molestarse siquiera en esperar a algún criado.

Saltó ágilmente del carruaje y la ayudó a bajar. El sitio resultó ser una casa adosada de estuco blanco en Mayfair. A Emmaline no le gustó demasiado encontrarse tan cerca de la residencia londinense de Stretham, pero entonces Dom le puso la mano en la espalda y todo se desvaneció, excepto él.

Mantenía la cabeza gacha, no quería descubrir ningún juicio o desdén en los ojos de los criados o de los transeúntes, pero nadie los vio entrar. La casa estaba silenciosa como una iglesia. De pronto se sintió un poco incómoda. Estuvo a punto de hacer algún comentario de cortesía acerca de la encantadora residencia, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, él la tomó en sus brazos y la subió por las escaleras.

A Emmaline se le escapó una risita como reacción a aquel comportamiento inesperado.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Dom, aunque él también sonreía.

—Es solo que pareces muy impaciente.

—Llevo tres días deseando estar contigo, Diosa. Estoy mucho más que impaciente.

Llegaron a la puerta de una gran recámara. En la decoración destacaban las masculinas maderas oscuras y había una imponente cama con dosel que ocupaba casi todo el espacio.

Dominic la dejó en el suelo y luego, sin dejar de mirarla, se inclinó para cerrar la puerta detrás de él con un chasquido. Fue como un *déjà vu* de su primera noche juntos. Él debió pensar en lo mismo, porque extendió la mano y acarició su rostro de la misma forma que lo había hecho en esa ocasión.

—Aquella noche me pareciste lo más bello que había visto nunca —susurró—, pero de alguna manera te las has arreglado para estar aún más hermosa cada día desde entonces.

Probablemente, aquellas palabras habían sido pronunciadas decenas de veces a multitud de mujeres, pero le produjeron una oleada de mariposas en el estómago.

El aire se enrareció de repente, volviéndose más denso. Era como si una sola chispa diminuta estuviera a punto de hacer arder toda la estancia.

Dom estiró la mano y le quitó las horquillas del pelo, dejando que la espesa melena oscura le cayera por la espalda. Ese día Emmaline no llevaba sombrero y ahora se alegraba de no haberlo hecho, aunque fuera una decisión bastante escandalosa.

Permaneció inmóvil cuando él se le acercó para oler su cabello y acariciar los mechones entre sus dedos. No se movió cuando llevó las manos a su camisa blanca, desabrochándola con tanta lentitud que casi la vuelve loca. Tampoco se movió cuando la rodeó para desatar los cordones de su vestido de color limón y la prenda cayó a sus pies.

Se le puso la carne de gallina cuando recorrió todo su cuerpo con la mirada hasta detenerse en el corsé. Le costó apenas unos segundos desabrochárselo, y unos segundos más quitarle la camisa por encima de la cabeza hasta que quedar completamente desnuda, excepto por las medias.

Él tragó ruidosamente mientras la observaba.

—Diosa —susurró, y a ella le temblaron las rodillas.

Él seguía vestido y ella estaba completamente expuesta, pero en lugar de sentirse incómoda o avergonzada, se sintió poderosa y realmente hermosa.

Sus manos buscaron su cintura y la levantó, forzándola a envolverlo con sus piernas mientras la llevaba por el breve trayecto que los separaba de la cama. Emmaline solo pudo recostarse y mirar fascinada cómo se desnudaba delante de ella. Su cuerpo era todo planicies firmes y músculos ondulados. Parecía una de las estatuas del museo, un Adonis hecho de carne y hueso.

Se le aceleró el pulso y la respiración cuando él se inclinó para quitarse primero las botas y luego los pantalones, hasta que finalmente quedó desnudo por completo, gloriosamente desnudo.

A Emmaline se le hizo un nudo en la garganta. En realidad, nunca había visto a un hombre desnudo. Cuando su marido la requería, solía aporrear la puerta, entrar a oscuras, abrirle las piernas y penetrarla. Siempre había sido doloroso, pero afortunadamente rápido. Nunca había tenido que ver nada más que su cara hasta que se iba y ella se quedaba sola, llorando en la oscuridad.

Hasta ahora, había pensado que la figura masculina debía ser algo atemorizante, pero Dominic era hermoso.

Sus ojos bajaron hasta su entrepierna y se agrandaron. No estaba segura de que pudiera caber en ella y, francamente, no le entusiasmaba la idea de sentir más dolor.

—No creo que quepas —le espetó nerviosa.

Él rio seductoramente.

—Lo hará, Emmaline —le aseguró mientras se acercaba como un lobo que acecha a su presa—. De hecho, empiezo a pensar que estás hecha a mi medida.

El primer contacto de su piel disipó todos los temores de Emmaline. No tardó en contorsionarse de placer mientras sus hábiles manos y su ardiente boca la recorrían de la cabeza a los pies. No dejó ni un centímetro de ella sin explorar, llevándola al borde del abismo y retrocediendo hasta convertirla en un cúmulo de sensaciones irrefrenables.

Ella, por su parte, había empezado a tocarlo tímidamente al principio, pero a cada reacción de placer que obtenía se atrevía a más, hasta que le besó los hombros, le pasó una mano por el vientre increíblemente musculoso y, por último, se atrevió a rodear con los dedos su grueso y

suave pene.

Aquel último roce pareció ser lo que rompió su autodomínio y, finalmente, se acomodó sobre ella, rozando su vulva y extrayendo todo el aire de sus pulmones.

La agarró del pelo con una mano y le sostuvo la cabeza para que mantuviera la vista fija en él. La penetró tan lenta y profundamente que ella sintió cada centímetro de él en el interior de su alma.

—¡Oh Dios! Eres perfecta —gimió cuando estuvo completamente dentro de ella.

Emmaline no podía moverse ni hablar. Cerró los ojos contra la descarga de emociones. El acto que antes había sido tan repugnante para ella, tan aterrador y doloroso, era ahora lo más bello que había experimentado nunca.

—Emmaline, ¿estás bien?

Al volver a abrir los ojos, vio preocupación en su rostro, pero también vio sus dientes cerrados, su mandíbula apretada, la gota de sudor en su frente, y supo que se estaba conteniendo por ella, que ella era lo primero.

Se acercó a él para rozar sus labios suave y dulcemente antes de susurrarle al oído.

—Lo quiero todo.

Y él, con un gruñido de puro triunfo viril, se lo concedió.



Las siguientes semanas transcurrieron en medio de un nebuloso despertar sexual para Emmaline. Veía a Dominic todos los días y cuanto más tiempo pasaba con él, menos le importaban los rumores.

Las publicaciones de sucesos especulaban sobre si sería ella quien finalmente pusiera en vereda a aquel donjuán. La primera vez que lo leyó, le preocupó que eso espantara a Dominic, pero él simplemente se rio y sugirió un paseo por el Vauxhall.

Ahora que se había liberado de las ataduras de su pasado y se permitía vivir de verdad, Emmaline descubrió que tenía una predisposición al amor, a la amistad y a la vida mucho mayor de lo que había imaginado.

El incipiente romance entre Kate y el señor Philips era muy bonito, y aunque a veces Emmaline sentía un poco de envidia, la dejaba a un lado. Sabía lo que le esperaba con Dominic Tilton, aquello sería una aventura breve y nada más, y se decía a sí misma que eso era suficiente.

Además, no creía que él estuviera dedicando su atención a nadie más que a ella. Pasaban los días juntos y las noches eran un enjambre de sábanas revueltas, susurros cariñosos y sexo apasionado.

Desde aquel primer encuentro se habían acostumbrado a esa rutina.

Se daban las buenas noches después de cada uno de los muchos eventos sociales a los que asistían, y más tarde él llegaba a hurtadillas a su casa para entrar por la puerta de la cocina y pasar la noche en su alcoba. Siempre se marchaba antes de que ella despertara por la mañana, a pesar de que todo el personal sabía perfectamente lo que sucedía.

Durante el día, él acudía a cada una de sus invitaciones o se las arreglaba para encontrársela en alguna librería, en el Gunther's, en un paseo por Rotten Row o por el Serpentine.

El día anterior, durante uno de sus paseos, el cielo se había cubierto de improviso y él la había llevado a toda prisa hacia su carruaje para que no se mojara. No tardaron en arrojarse a sus mutuos brazos y Emmaline se puso de rodillas para devolverle el favor que él le había hecho aquel día en el museo. Se sentía nerviosa e insegura, pero él la guio a lo largo de todo camino,

aumentando su confianza con cada gemido, cada palabra estimulante y cada tirón de pelo cuando perdía el control. Era una sensación embriagadora saber que podía provocarle eso a un hombre como él.

Mientras no olvidara que él no le debía nada, podía estar satisfecha.

Puede que de vez en cuando su corazón le reclamase, pero lo ignoraba. La palabra que rondaba en su mente y en sus labios, deseosa de ser pronunciada, solo podía ser ignorada.

La racha de días soleados se había interrumpido y la lluvia azotaba sin tregua los cristales de su ventana. Estaba aburrida y echaba de menos a Dominic con una intensidad alarmante. Sabía que estaba cometiendo una estupidez, pero se negaba a reconocerlo, incluso ante sí misma.

Él le había enviado una nota lamentándose del mal tiempo, ya que habían planeado un picnic fuera de Londres, y diciéndole que la echaba de menos.

La nota estaba entre las páginas de la novela que llevaba media hora intentando leer inútilmente. No podía concentrarse, todo su ser estaba volcado en Dominic.

Sí, estaba sucediendo. Para colmo, no había nadie en casa para distraerse. Le había dado permiso a Lucy para ir con Charlie a conocer a su familia y Kate estaba en la cama con dolor de cabeza. La lluvia que repiqueteaba sin cesar sobre la ventana la estaba volviendo loca. Añoraba a Dominic y aquello era lo más tonto que había hecho jamás, pero él la consumía. Quería pasar cada segundo a su lado.

¿Por qué no podía hacerlo?

La idea tomó forma y estuvo de pie incluso antes de decidirlo. ¿Por qué quedarse allí, sola y triste, cuando podía acudir a él? Él siempre se esforzaba por buscarla, la sorprendía apareciéndose por donde ella estuviera, la hacía reír, le hablaba de su familia y de su vida... Después de haber pasado horas conversando, él ya lo sabía todo sobre ella, y era él mismo quien insistía en saberlo todo, decía que no había nada sobre ella que no quisiera conocer.

Incluso la había abrazado cuando, llorando, se sinceró sobre las horribles experiencias de su matrimonio. Dom reconoció que aquello lo hizo sentir furioso y le agradeció que confiara en él. ¿Cómo no iba a enamorarse de él?

Emmaline se quedó sin aire cuando por fin lo asimiló. Lo amaba, y lo hacía desde hacía mucho tiempo, quizás incluso desde la noche en que se conocieron.

Súbitamente, no podía esperar para estar cerca de él. Hizo sonar la campanilla y le dijo al lacayo que preparase el carruaje, luego corrió a su habitación para arreglarse.

En poco tiempo estaría con Dominic, en sus brazos, en su cama. El problema era que sabía que no querría marcharse nunca más.

CAPÍTULO TRECE

Había metido la pata hasta el fondo. Él lo sabía, George lo sabía, incluso su personal lo sabía. Aquello no formaba parte de su plan. Ella no formaba parte de su plan.

Quería sexo, no amor. Quería ser soltero, no ser el maldito esposo de nadie. Sin embargo, de alguna forma, entre las risas y las lágrimas, las conversaciones y las horas pasadas conociendo cada centímetro del cuerpo de Emmaline, se dio cuenta de que no podía dejarla marchar. Se había convertido en algo imprescindible para su felicidad.

Era el centro de su vida.

Después de tantos años de concupiscencia y desenfreno, fue la inocencia lo que lo había hecho caer de rodillas. Y ni siquiera lo lamentaba.

La noche anterior, George le había dicho que tenía la intención de pedir la mano de la señorita Cole. Normalmente, hablar de matrimonio le producía urticaria, pero lo único que sintió cuando su amigo le hizo esa confidencia fue envidia. Envidia de que hubiera encontrado la felicidad y se estuviera aferrando a ella con ambas manos.

¿Por qué él no podía hacer lo mismo?

Emmaline le había dicho que no volvería a casarse, y sabiendo lo que había sufrido a manos de aquel bastardo de Stretham, no podía culparla. Pero ella sabía que él jamás le haría daño de esa manera, ¿o no? Tenía que saberlo.

Él, Dominic Tilton, tan descabellado como sonaba, había pasado de ser un canalla donjuán a un esclavo. En un giro del destino que nadie hubiera previsto, fue seducido por su Diosa. Eso lo aterrizzaba, pero también lo llenaba de una felicidad tan profunda que apenas podía respirar.

No lo había planeado, desde luego que no, pero la idea de pasar el resto de su vida con ella, envejecer a su lado, ver su vientre abultado, llevando un hijo suyo...

Lejos de sentir el pánico que siempre creyó que sentiría, le produjo una alegría inmensa, y de pronto se sintió desesperado por verla y decírselo.

La lluvia había arruinado sus planes de ir de pícnic, pero un día así era perfecto para quedarse en la cama.

Sabía que no podían encerrarse en el dormitorio de Emmaline estando la señorita Cole en casa, pero podría convencerla de que viniera a visitarlo.

Se había quitado la chaqueta y la corbata y estaba bebiendo brandi mientras reflexionaba sobre estos sentimientos. Se levantó de la silla y se alisó el pelo revuelto. No podía presentarse así en la puerta de Emmaline. Salió de la biblioteca con la intención de llamar a un criado cuando el mayordomo se le apareció.

—Hay una dama que desea verlo, lord Tilton.

El hombre hizo ademán de seguir hablando, pero Dominic lo ignoró. ¡Ella había venido! Que Emmaline tomara semejante iniciativa le reconfortó tiernamente el corazón y su mente ya bullía de planes que podrían hacer juntos. Si tenía suerte, incluso podría hacerla suya antes de que regresara a su casa.

Sin poder evitar la sonrisa que se le dibujó en el rostro, bajó las escaleras y entró en el salón imaginando que el espacio ya estaría impregnado de su aroma, pero al llegar a la puerta, se le tensó la mandíbula. Se encontró con una figura femenina envuelta en una capa, de espaldas a él y frente a la gran chimenea, pero no era Emmaline, la reconocería aunque estuviera ciego.

La mujer se dio la vuelta lentamente y Dominic reprimió una maldición. Esto era lo último

que necesitaba.

—Enola, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

Ella no dijo nada, pero sus labios se curvaron en una sonrisa felina y se soltó la capa, que cayó al suelo para revelar su cuerpo desnudo.

—Te he echado de menos, cariño —dijo Enola con voz profunda y sensual.

Dominic la miró con despectiva indiferencia. Llevaba semanas ignorando sus notas; obviamente, ella había decidido tomar cartas en el asunto.

Se apretó el puente de la nariz y rogó al cielo que le diera paciencia.

—Enola —empezó a decir con firmeza, pero ella lo interrumpió llevándole un dedo a los labios.

Echó un rápido vistazo por encima del hombro de Dominic antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Nadie me ha hecho sentir como tú, Dom. Me alegro de que hayas recapacitado.

Él la miró con el ceño fruncido, disgustado y confuso, y entonces oyó un gemido detrás de él.

Era Emmaline, estaba allí de pie con los ojos abiertos de par en par y llenos de tristeza. Miraba a uno y a otra y, sin duda, veía algo que no era real.

—¡Cariño!

Dom le tendió una mano, pero ella retrocedió y se sobresaltó como si fuera a esquivar un golpe. Luego, sin decir una palabra, giró sobre sus talones y se fue corriendo.

Dominic se quedó paralizado durante unos segundos, horrorizado. Maldijo y se dio la vuelta para encarar a su antigua amante.

—Enola, ¡lárgate de mi casa antes de que te eche desnuda a la calle!

—¡No pensarás rechazarme por ella! —le espetó Enola, y Dom se preguntó cómo había podido ver belleza alguna vez en ella—. No es nadie. ¡No es nada!

—Juro por Dios que si estropeas esto, acabaré contigo —le prometió, sintiendo cada palabra—. La amo. Ella lo es todo para mí.

Ahora vete. ¡Fuera!

No esperó a ver si obedecía, pero había hablado en serio, la destruiría si su relación con Emmaline se había roto por su culpa.

Salió a la calle. Apenas podía ver a través de la lluvia que caía a cántaros. Buscó en vano a alguien de cabello negro o incluso un carruaje, pero ella ya no estaba.

Lanzó un grito de frustración al cielo y corrió dentro a por su caballo. No podía dejar que Emmaline se marchara pensando que se estaba acostando con Enola, aunque sabía que su pasado le jugaría en contra. Estaba claro lo que debió pensar ella cuando entró y los vio a él a medio vestir y a ella completamente desnuda.

Emmaline nunca había tenido motivos para confiar en los hombres, pero Dom creía que empezaba a fiarse de él. Tal vez incluso había empezado a sentir afecto por él. Si todo eso se estropeaba por culpa de su estúpido pasado y de una condenada examante celosa, acabaría con la ciudad entera.

Un mozo de cuadra se apresuró a llevarle el caballo ensillado y listo para partir, y Dominic saltó ágilmente sobre la montura, sin molestarse en ponerse una chaqueta.

Durante todo el camino hasta la casa de Emmaline se repetía a sí mismo que todo iría bien, que ella lo escucharía y le creería, que podrían olvidarse de aquel asunto.

Cuando llegó, el carruaje de Emmaline giraba por detrás de la casa. Subió corriendo los escalones y golpeó la puerta con urgencia incontenible. Seguramente, ella ya estaría dentro.

Como nadie respondió, volvió a golpear una y otra vez hasta que por fin le abrió el mismo lacayo que lo había atendido semanas atrás, cuando llegó con Emmaline dormida en brazos.

—¿Lady Stretham? —jadeó. El lacayo se limitó a mirarlo con cara de piedra—. ¡Necesito ver a Lady Stretham!

—La señora no está disponible.

A pesar de que el muchacho tuvo que estirar el cuello para poder mirar a Dominic a los ojos, y a pesar de que le temblaba la voz al hablar, se mantuvo firme y no lo dejó pasar.

Sin embargo, a Dominic le bastó un ligero empujón para conseguir entrar en el vestíbulo.

—¡Emmaline! —Su voz resonó en la estancia. Esperó un momento y volvió a llamar. No podía marcharse, no podía permitir que ella pensara lo que seguramente pensaba—. ¡Emmaline!

Pasó una eternidad antes de escuchar unos pasos que se acercaban. Levantó la vista expectante, pero quienes aparecieron fueron la señorita Cole y la criada, Lucy, que lo miraron fijamente desde el otro extremo de la escalera antes de bajar.

—Lady Stretham está indispuesta —dijo Lucy. Su voz sonaba más áspera que de costumbre.

—Por favor —rogó Dominic, sin importarle que estuviera suplicándole a una sirvienta.

Se pondría de rodillas si era necesario. Además, Lucy no era tan solo una criada y él lo sabía, era una amiga y una confidente. Aunque normalmente se alegraba de que Emmaline contara con ella, ahora mismo podría retorcerle el pescuezo con gusto.

—¡Debo hablar con ella! ¡Tengo que explicarle!

—Creo que ya lo entiende todo bastante bien — lo interrumpió la señorita Cole con voz firme.

—No es lo que ella piensa —replicó Dominic, sabiendo lo patético que sonaba aquello—. Dejádme pasar. Puedo explicárselo y luego...

—Lord Tilton —Kate le hizo un gesto a Lucy, que se dio la vuelta con el ceño fruncido y se alejó a toda prisa—, estoy segura de que ya sabe que la confianza no es algo fácil de conseguir para mi señora, pero usted se la ha ganado.

Dominic se sintió fatal al ver la decepción en los ojos de la señorita Cole, pero ella no podía considerarlo peor de lo que él ya se consideraba a sí mismo.

—No es lo que ella cree —repitió con aspereza.

Ella lo miró durante un momento y él tuvo la impresión de que lo estaba evaluando.

—Le creo —dijo finalmente—, pero me temo que eso no le servirá de nada. —Debió percibir la confusión en su rostro, pues continuó con un tono casi compasivo—. Se lo digo porque quiero a Emmaline y me parece que usted también. Aunque ella crea que no ha ocurrido nada inapropiado con lady Chambers, sabe cómo es usted, aunque haya mirado hacia otro lado durante este tiempo. —Hizo un gesto con la mano señalándolo—. Esto le servirá como un cruel recordatorio. Emmaline pensaba que podría salir de esta relación con el corazón indemne, pero, francamente, yo nunca creí que lo consiguiera. Es demasiado buena, no podría tener una relación como la de ustedes sin involucrarse, y ahora está herida.

—Señorita Cole —la interrumpió Dominic. El corazón le dolía al oír sus palabras, pues sabía que eran ciertas—, no he tocado ni mirado a ninguna otra mujer desde la primera vez que vi a Emmaline. No he querido hacerlo. Yo...

—Lo que sea que tenga que decir, puede decírselo usted mismo.

Ella debería oírlo primero que yo.

—Pero ¿aceptará verme?

La señorita Cole suspiró y sacudió la cabeza afligida.

—Con el tiempo lo hará. Pero, hasta entonces, pasará cada minuto pensando que es usted el peor de los canallas.

Dominic no sabía si la intención de aquellas palabras era traerle paz, pero, si así era, no lo estaba consiguiendo. Sin decir más nada, la señorita Cole desapareció por las escaleras.

No supo cuánto tiempo permaneció allí de pie. Podría haber subido en ese mismo instante y exigirle a Emmaline que lo recibiera, podría contarle lo que acababa de decirle a la señorita Cole y, probablemente, ella le creería si suplicaba lo suficiente.

Pero su amiga tenía razón, él era lo que era y Emmaline lo sabía.

Sin embargo, había cambiado y lo había hecho por ella y gracias a ella, ya no era aquel canalla egoísta y mujeriego que solo pensaba en juergas y que creía que el compromiso era un pecado mortal.

Ahora quería un compromiso, pero lo quería solo con ella y con nadie más. Solo tenía que encontrar la manera de demostrárselo.

CAPÍTULO CATORCE

Emmaline refunfuñó mientras Lucy descorría las cortinas de su habitación, dejando que la luz del sol entrara en la habitación y le escociera en los ojos.

Habían pasado tres días desde que había visto a Dominic desnudo con su amante, tres días desde que la sacaban a rastras de la cama y prácticamente la alimentaban en la boca, tres días de negarse a recibir sus visitas, sus notas, ni nada que tuviera que ver con él.

El señor Philips visitaba a Kate, pero solo porque Emmaline la había sorprendido intentando deshacerse del pobre hombre e insistió en que no dejara de verlo. Presentía que le había pedido matrimonio, o que al menos tenía intención de hacerlo, pero sabía que Kate nunca se lo contaría mientras ella estuviera en ese estado.

—Lord Tilton llamó esta mañana —comentó Lucy.

Llamaba cada mañana, también cada tarde y cada noche.

Emmaline deseaba desesperadamente verlo, y precisamente por eso no lo hacía.

Kate le había explicado ya el malentendido con lady Chambers, pero eso no importaba, la escena que había presenciado le recordó lo que ya sabía: no tenía futuro con Dominic. Su vida consistía en tener mujeres desnudas en el salón de su casa y en tener una cita diferente cada semana, y ella, simplemente, no estaba hecha para eso.

Dominic no tenía la culpa de que se hubiera enamorado de él, pero tampoco tenía fuerzas para enfrentarlo. Si lo veía ahora, acabaría expulsándolo de su vida para siempre, o peor aún, sucumbiría a él y se odiaría por aceptar una situación que la entristecía profundamente.

De modo que permaneció en aquel limbo sin saber cómo avanzar.

—Trajo el periódico —siguió diciendo Lucy, como si Emmaline hubiera estado participando de la conversación.

Se acercó a la cama, dejó una taza de chocolate sobre la mesa y depositó los papeles en su regazo.

—No quiero leer las páginas de escándalos —dijo Emmaline con obstinación.

—Bueno, pero hay algo que podría interesarle —replicó Lucy con la misma tozudez.

Ese era el problema con los amigos irlandeses, pensó Emmaline para sí misma, nadie es más obstinado que ellos.

Dando la discusión por perdida, lanzó una mirada fulminante a la sonriente doncella y recogió con resignación el dichoso periódico.

Se le hizo un nudo en la garganta al ver su nombre escrito en grandes letras negras en la parte superior y lo dejó caer al piso con una punzada de dolor el corazón, pero Lucy se acercó y acarició su mano.

—Se lo prometo —le dijo suavemente—, querrá leerlo.

Emmaline se preparó para soportar más dolor y se preguntó por qué su amiga quería infligírselo. Volvió a coger aquellas páginas con las manos temblorosas y leyó:

Estimados lectores

Os traemos en esta ocasión el escándalo de la temporada, si no de la década. Os quedaréis tan sorprendidos como nosotros al enteraros de que nuestro mismísimo lord T. se ha enamorado.

Esto no es un cotilleo de los sacrosantos pasillos del Almack's, nos lo ha revelado él mismo,

quien ha venido a visitarnos con el deseo de hacer saber a todo Londres, cuando no a toda Inglaterra, que su corazón ha sido conquistado.

Atrás quedaron los días de devaneos con bailarinas y coqueteos con cantantes. Ahora tiene ojos para una mujer y solo una, su Diosa (según sus propias palabras), lady S.

No sabemos qué habrá hecho la bella y joven viuda para conquistarlo, cuando tantas otras lo han intentado y fracasado antes que ella; pero, sea lo que fuera, ha funcionado. No habíamos visto a alguien tan enamorado en toda nuestra vida.

Cuando le preguntamos si sonarían pronto las campanas de boda, nuestro apasionado caballero nos respondió que tal vez su bella dama no esté aún preparada para ello, pero que él la esperará para siempre si es necesario.

¡Calma, corazón!

Un pequeño consejo para la encantadora dama, sin embargo: ¡No lo deje escapar! Nunca ha habido un soltero tan codiciado como él.

De cualquier modo, ¡bien hecho, pequeño corderito!, ¡por fin has domado al lobo de la alta sociedad!

A Emmaline se le salía el corazón del pecho mientras leía las palabras una y otra vez.

Notó que le escocían los ojos, pero no hizo nada para detener las inminentes lágrimas. ¿Realmente Dominic había acudido a las páginas de sociedad para declarar su amor por ella?

Y lo que era más importante: ¿la amaba?

Era verdad que ella había jurado no volver a casarse nunca más, pero entonces no lo conocía a él, no conocía la verdadera felicidad que todo lo consume, no sabía lo que el amor verdadero era capaz de hacer. No había ni una sola parte de ella que tuviera miedo de casarse con Dominic, si es que él la amaba realmente.

Estaba segura de que nunca le haría daño, lo supo desde el principio. Jamás sería cruel o violento, temperamental o mezquino. Desde el momento en que se conocieron, la trató con amabilidad, cortesía y... ¿amor?

No estaba segura, pero quería que fuera cierto con cada fibra de su ser, y él no habría hecho algo así si no fuera cierto que la quería.

Si la considerara solo una más, podría haber aprovechado la oportunidad y deshacerse de ella sin necesidad de rupturas complicadas.

Una parte de ella tenía miedo de creerlo, la parte que había vivido las maquinaciones de su padre y la crueldad de su marido.

La razón le decía que fuera prudente, pero su corazón pertenecía a Dominic desde hacía semanas, incluso después de aquel episodio que los apartó.

Dominic se había declarado públicamente porque quería demostrarle que iba en serio, que viera que confesaba ante todo el mundo sus sentimientos. ¿Tenía sentido renunciar a él solo por miedo o por un malentendido?

Se debía a sí misma más que eso.

Entre lágrimas, Emmaline alzó la vista del periódico.

—Lucy —musitó, pero su doncella y amiga se le había adelantado.

—Ya viene el agua para el baño —le dijo con los ojos suspicazmente brillantes—. ¡Vamos a prepararla para ver a su canalla!



El salón de baile estaba abarrotado de gente que a Dominic le importaba un bledo. Todas las

máscaras eran diferentes a las de la otra noche, pero ella no estaba detrás de ninguna.

Estaba aterrorizado de que no apareciera, aunque George y la señorita Cole le habían asegurado una y otra vez que lo haría.

No había sabido nada de Emmaline después de la publicación del periódico de aquella mañana. Una parte de él tenía la esperanza de que irrumpiera de pronto por la puerta para decirle que también lo amaba.

Las personas a su alrededor lo miraban y murmuraban entre ellos. Los caballeros sacudían la cabeza con pesar, decepcionados de que aquel que un día fuera como un líder para ellos cayera presa del amor. Las damas lo miraban con renovado interés, como si ahora que había admitido que podía sentir amor, existiera la posibilidad de alejarlo de Emmaline. Él los ignoró a todos.

Decidió que esperaría media hora más y luego se marcharía para lamerse las heridas, pero, incluso mientras lo pensaba, supo que no lo haría. Se quedaría allí toda la noche, aunque fuera para verla desde la distancia.

Recorrió la habitación con la mirada buscando sus rizos oscuros. Vio a George, feliz y contento con la señorita Cole a su lado. De Enola no había señales desde que le había advertido que se mantuviera alejada.

El tiempo pasaba y empezó a convencerse de que Emmaline no vendría. Entonces un muchacho tropezó con él, y estaba tan frustrado que estuvo a punto de propinarle un puñetazo en la cara, pero su enfado se convirtió rápidamente en sorpresa cuando vio que era Charlie, el lacayo de Emmaline. No tuvo tiempo de preguntarle qué estaba haciendo allí cuando una nota se deslizó por su mano. Con el corazón a punto de estallarle en el pecho, desdobló la hoja de papel.

¿Qué tal una bebida de verdad?

Leyó tres veces antes de permitirse creérselo. Eso era lo que él le había dicho la noche en que se conocieron. ¡Había venido! Y sabía exactamente dónde encontrarla.

Dominic giró sobre sus talones y salió corriendo hacia la puerta, sin importarle que estuviera dando un espectáculo. El pasillo estaba oscuro, pero la distribución de estas casas era siempre la misma y encontrar el estudio fue cosa de un momento.

Inspiró hondo para tranquilizarse, giró el picaporte y entró, cerrando la puerta tras de sí.

Y allí estaba ella.

Casi se le doblaron las rodillas cuando se dio la vuelta. Llevaba el mismo vestido de aquella noche. Era su Diosa.

—¡Emmaline!

Dom dio un paso vacilante hacia ella temiendo asustarla, pero, de hecho, se la veía claramente divertida por debajo de la máscara.

—Leí un artículo fascinante esta mañana —dijo a modo de saludo.

Tan solo el sonido de su voz lo ayudaba a respirar mejor.

—¿De verdad?

Él le siguió el juego, aunque lo único que quería hacer era cogerla entre sus brazos y no soltarla nunca más.

—Sí. Al parecer, un famoso donjuán, un jugador y juerguista, ha declarado públicamente su amor por una dama, aunque no ha mencionado quién era.

Dominic se permitió esbozar una pequeña sonrisa de esperanza mientras se acercaba cada vez más.

—He oído algo al respecto —respondió—. De hecho, estoy al tanto de varios de los detalles.

—¿Y te importaría compartirlos conmigo?

—¿Cómo puedo negarme a la petición de una deidad? —bromeó—. Sé de buena tinta que él cree que es la mujer más hermosa que ha visto en su vida —continuó en voz baja—. Que se consideraba a sí mismo un hombre indiferente, incluso incapaz de amar. —Emmaline tragó saliva y Dominic notó que su pulso se aceleraba—. Pero entonces ella apareció en su vida, y aunque intentó negárselo a sí mismo, no tardó en enamorarse. Cayó completamente rendido a sus encantos. Y no fue solo por su belleza, ¿sabes?

—¿Ah, no?

Emmaline ya no parecía tan segura de sí misma ahora que estaban a apenas a unos centímetros de distancia.

—No, fue mucho más que eso. Ella es encantadora, sí, pero también es amable, ingeniosa, y tan bondadosa con todos los que la rodean que lo dejaba a él en vergüenza.

—Estoy segura de que él también es bueno con la gente que lo rodea —respondió ella con determinación, y él la quiso un poco más por defenderlo así.

—Es más —siguió diciendo mientras extendía una mano para quitarle la máscara—, ella tuvo que enfrentarse a desafíos y penurias que ninguna joven debería sufrir. Sin embargo, no permitió que eso destruyera su naturaleza amable ni su capacidad de amar. Es valiente y audaz, y tomó las riendas de su vida cuando otros intentaron arrebatársela. —Dominic siguió el rastro de la lágrima que caía por su mejilla y se acercó para enjugársela con el pulgar—. Y aunque él sabe que quizás no esté lista para amar, después de todo lo que ha vivido, dice que la ama lo suficiente por los dos. No hace falta que ella le corresponda, tan solo necesita estar a su lado.

Las incipientes lágrimas de Emmaline se convirtieron en un torrente. Por un momento, Dominic se preguntó si no se debía a que estaba por rechazarlo y su corazón se detuvo, pero entonces ella sonrió y sintió como si saliera el sol después de días de tormenta.

—Curiosamente —replicó ella—, resulta que conozco a la joven en cuestión. —El corazón se le escapaba del pecho, pero se mantuvo firme mientras ella levantaba la mano para quitarle su máscara de lobo—. Me contó que durante mucho tiempo le tuvo miedo al matrimonio, a los hombres, incluso al amor; pero entonces conoció a un misterioso desconocido que le abrió los ojos y el corazón a lo que podía ser la felicidad, si tan solo se arriesgaba con él.

—¿Y decidió correr ese riesgo? —preguntó Dominic con una voz grave y tensa.

Ella inspiró profundamente y sonrió.

—Lo hizo. Decidió que se lo debía a sí misma, porque estaba tan enamorada que no podía imaginar la vida sin él.

Lo que estuviera a punto de decir después fue interrumpido por el desesperado beso de Dominic, que la abrazó, levantándola del suelo, demostrando cuánto significaban para él esas palabras.

—Te amo —susurró junto a su boca.

—Yo también te amo —respondió ella—. Aunque no seas más que un canalla.

La carcajada de Dominic brotó de lo más profundo de su corazón.

—Un excanalla —la corrigió—. Me has conquistado por completo, Diosa. Ya no hay sitio en mi vida para ninguna otra.

Después de eso, ninguno de los dos habló más durante un largo rato.

EPÍLOGO

Las campanas de la iglesia resonaban por todo el pueblo mientras Dominic conducía a su esposa a la parte trasera del carruaje que los llevaría a su desayuno de bodas. *Su esposa*. No podía dejar de repetirse a sí mismo esas palabras.

¡Qué diferente se había vuelto su vida en tan solo unos meses! Emmaline había intentado convencerlo de que hicieran un anuncio de boda formal, pero él se negó a esperar para casarse con ella, de modo que pidió algunos favores y obtuvo una licencia especial. Pero entonces decidió que quería celebrar la boda en casa.

Fue un acontecimiento íntimo, solo estaban su madre, su hermano el duque con su familia, Lucy con su marido Charlie, y George con su prometida, la señorita Cole.

Los habitantes de la localidad habían acudido en masa a expresar sus mejores deseos a la pareja y tardaron una eternidad en atravesar el pueblo para llegar a la carretera que conducía a su finca, pero pronto se hizo el silencio y la calma.

Dominic miró a Emmaline y se le hizo un nudo en la garganta cuando la vio avanzar hacia él, radiante, vestida de seda color marfil, y apenas podía contener las emociones.

Su familia la había adorado de inmediato. ¿Cómo no iban a hacerlo? Y sabía que aquella sería una celebración feliz junto a sus seres queridos.

Pero por ahora la tenía para él solo.

—Ven aquí —le dijo con una sonrisa, y al igual que aquella primera noche en el carruaje, la levantó para acomodarla a horcajadas sobre su falda.

—¿Cómo te sientes, Diosa? —preguntó con la boca cerca de su cuello, riendo al sentir su pulso agitado. Le encantaba sentir que ejercía sobre Emmaline el mismo poder que ella ejercía sobre él.

—Casada —respondió ella suavemente. —Él se apartó un poco para mirarla con curiosidad—. Quiero decir casada *de verdad* —añadió—. Como debe ser.

Él acarició sus mejillas y depositó un dulce beso sobre sus labios. Nunca podría olvidarse de lo que ella había tenido que sufrir antes de enviudar, pero, en lugar de insistir en ello, simplemente haría todo lo que estuviera en sus manos para hacerla feliz cada día del resto de su vida.

—¿Recuerdas lo que hicimos aquella primera noche en el carruaje? —le preguntó apretándose contra ella.

—Mmm... —respondió Emmaline mientras se inclinaba hacia él para dejar caer pequeños besos a lo largo de su cuello.

—¿Qué tal si lo repetimos? —sugirió con la voz ronca.

Pero antes de que pudiera meter la mano debajo de su falda, ella se lo impidió.

—¿Qué te parece si lo hacemos más interesante? —respondió antes de desabrochar lentamente sus pantalones.

¡Dios, qué mujer! Jamás entendería cómo había tenido tanta suerte.

Ese fue el último pensamiento coherente que Dom fue capaz de hilar antes de que ella liberara su erección y se colocara encima, marcando un ritmo lánguido que los hizo jadear a ambos en cuestión de minutos.

Cuando se inclinó hacia él y le susurró que lo amaba, Dominic no pudo contenerse y tomó el control, sujetándola por las caderas y acelerando a un ritmo endiablado que pronto los llevó a los dos juntos al precipicio del éxtasis.

Cuando finalmente se sosegaron, ella se desplomó sobre su pecho y él le apartó el pelo de la frente.

—Mi Diosa —susurró él.

—Mi canalla —susurró ella.

FIN